

CORRESPONDENCIA

TIERRA SANTA

Primeras impresiones de un peregrino.— De Jerusalén á Belén

VISITADA muy á la ligera, escribe el R. P. Fr. Ramón García Muños, misionero franciscano, si bien en su parte más importante, la santa ciudad de Jerusalén, dejemos por ahora este lugar de tristeza y de muerte, y busquemos otras más placenteras impresiones. Se comprenderá que el primer punto de nuestro itinerario debe ser la ciudad de David, el pueblo alegre y pintoresco que sirvió de cuna al Salvador de la humanidad.

Dirijámonos, pues, al Sur de Jerusalén; pasemos á la profética Efrata, y veamos allí las maravillas que el Señor se ha dignado manifestarnos. *Transeamus usque Bethlehem et videamus... quod Dominus ostendit nobis.*

Dos horas bien escasas se emplean para ir de Jerusalén á Belén, dos horas que se hacen imperceptibles por la multitud de recuerdos históricos con que á cada paso tropezamos, y por la relativa comodidad que ofrece al peregrino una moderna carretera por donde circulan diariamente y á todas horas multitud de coches que van y vienen llevando y trayendo viajeros. Nosotros lo haremos á pie para grabar mejor los recuerdos y estudiar las tradiciones de estos pueblos esencialmente religiosos. Pero advierto que el camino actual se desvía del antiguo; y he aquí por que no podremos visitar el lugar que ocupa la casa de aquel santo viejo Simeón, justo y timorato espectador de la consolación de Israel, quien recibió allí mismo, según se cree piadosamente, la respuesta del Espíritu Santo que le decía: *Non visurum se mortem nisi prius videret Christum Domini.* (Luc. II, 25, 26). Tampoco podemos gozar de la sombra del antiquísimo y monumental *Terebinto*, llamado *de la Virgen*, que cobijó bajo sus gigantescas

ramas á la sagrada Familia cuando José y María venían á presentar á Jesús en el Templo de Jerusalén. El P. Antonio del Castillo, que vivía en Tierra Santa durante la primera mitad del siglo XVII, alcanzó á verlo, y cuenta su lamentable desaparición con estas palabras tomadas de su propio libro *El devoto peregrino*: «Causa grandísima lástima y dolor lo que el año pasado de 1649 sucedió, y fué que unos árabes vinieron, y por hacer daño á los Religiosos y vengarse de ellos, le quemaron, de modo que no ha quedado de él ni señal, con que pereció aquel árbol tan precioso y que hacía mucho tiempo que con mucha reverencia lo habían conservado.»



ILMO. GREGORIOS ABDALLAH, antiguo arzobispo sirio-jacobita de Diarbekir. (Pág. 358)

Pasemos adelante, y encontraremos la *Cisterna de los Reyes Magos*, llamada así por el hecho de habérseles reaparecido allí la *estrella* que los dejara á obscuras cuando entraron en Jerusalén. Es tradición, no sólo de los cristianos, sino de los mismos turcos (1), que apeados los Reyes del Oriente al pie de esta cisterna para abreviar sus camellos, vieron de nuevo aquella portentosa *señal del gran Rey* que les llenó de consuelo y de inefable alegría: *Videntes autem stellam gavisi sunt gaudio magno valde.* (Matth. II, 10).

A poco trecho se encuentra el *Monasterio de San Elías*, residencia hoy de monjes griegos cismáticos, edificado en el siglo VII por el emperador Heraclio, destruído (siglo XII) por un terremoto, y

de nuevo levantado en 1265. Colocado á mayor altura que Belén y Jerusalén, divide por mitad la distancia que las separa, y cual punto de centinela avanzado, se divisan perfectamente desde allí ambas ciudades, al igual que otros muchos lugares conocidos de la Palestina.

En frente de este edificio se ve una *Roca* que sirvió de lecho al profeta Elías cuando burlaba la fiera persecución de la impía Jezabel que le buscaba para quitarle la vida, por haber él dado muerte á todos los sacerdotes de Baal. Allí se quedo dormido dejando impresa

(1) Le llaman en árabe *Bir-en-Nechin*, que quiere decir *Pozo de la estrella*.

la forma de su cuerpo sobre la piedra; allí, despertando á la voz de un Angel del Señor, se alimentó con un pan cocido al rescoldo, y bebió agua que halló en un vaso, y fortificado con aquel manjar, se levantó é hizo un camino de cuarenta días y cuarenta noches, hasta el monte de Dios, Horeb. (Véase esta hermosa historia en el libro III de los Reyes, c. XVIII y XIX).

De esta roca habla ya el citado P. A. del Castillo. «Aquí, dice, está en una piedra viva señalado el cuerpo del Santo Profeta, tan natural, que, como si fuera un poco de cera quedó estampado, porque se ve allí la cabeza, las espaldas, costillas y todo lo demás de un cuerpo que está tendido en tierra.» Y Quaresmio, autorizado escritor franciscano de Tierra Santa, dice á su vez: «Cuando vi por vez primera este lugar, se contemplaba perfectamente impresa la figura de un hombre acostado; pero más tarde pude observar que, á fuerza de sacar pedacitos de la piedra, apenas se distingue la antigua figura. (*Elucidatio Terre Sanctæ*, l. VI, c. VII, II.)»

En frente, hacia el N., y elevados sobre una colina, se ven muy pocos restos de una antiquísima iglesia cristiana, edificada en el lugar preciso donde el profeta Habacuc fué arrebatado de los cabellos por un Angel que le llevó á Babilonia, para alimentar á Daniel encerrado en el lago de los leones. Llevaba Habacuc en una cestilla un potaje con algunos panes destinados para los segadores, cuando se le aparece un Angel del Señor que le intima: «Esa comida que tienes llévala á Babilonia, á Daniel que está en el lago de los leones. (*Dan.* XIV.)»

Algunos minutos más adelante encontramos el *campo de las lentejas*, llamado también *de los garbanzos*: denominaciones ambas que corresponden á dos diversas leyendas tan hermosas como originales y nada reñidas con la posibilidad. La primera nos refiere que aquel campo pertenecía á Isaac, y en él se recogían aquellas tan conocidas legumbres de que Jacob hizo un sendo plato, precio de la primogenitura que despreció Esaú. (*Genes.* XXV, 29 *et seq.*) La segunda nos cuenta un castigo curioso, cuya historia pasó de generación en generación hasta hoy, según refieren los mismos naturales. Pasaba un día por allí Jesucristo con sus discípulos (otros dicen que era la Santísima Virgen), y encontró un hombre que sembraba garbanzos. «¿Qué sembráis, buen hombre? le pregunta.—¡Vaya una curiosidad! replica el villano; siembro piedras, si tanto os importa saberlo.—Pues bien, de lo que uno siembra debe recoger; tú cogerás piedras.» Y llegó el tiempo de la recolección, y en vez del apreciado fruto, no encontró el pobre burlador sino guijarros de la misma figura y color del garbanzo; prodigio que todavía hoy se palpa, pues el campo es estéril, y sólo abundan en él piedras, entre las cuales se encuentran los referidos guijarros.

Si no me constara que los lectores de estas pobres líneas son cristianos y fervorosos creyentes, no dejarían de asaltarme ciertos escrúpulos al reseñar lacónica y sencillamente tan piadosas tradiciones. ¡Cómo! diría algún racionalista empedernido: en nuestro siglo, esencialmente naturalista y escéptico, se escriben tales sandeces y tan cabalísticas invenciones que no pueden re-

sistir al golpe de una crítica sabia y desapasionada!!! A quien osase hablar así respondería á mi vez: Es cierto que la fantasía oriental ha poetizado muchos lugares y coloreado muchos hechos rigurosamente históricos. Pero también es cierto que el referido campo es estéril; que en él abundan los consabidos garbanzos que cualquier geólogo llamaría *fósiles*; y que la relación de este *fenómeno* y de sus causas se oye contar al unísono, de muchos siglos atrás, y se lee en muchos autores antiguos y modernos que no cito extensamente por no hacer más cansada esta correspondencia. (Puede consultarse el P. Castillo en la obra citada, P. Francisco Casini de Perinaldo *La Terra Santa descritta*, tomo II, carta V).

Después de todo, un criterio recto y bien educado en las leyes de la lógica admitirá más de grado tradiciones seculares transmitidas sin interrupción de padres á hijos, que ciertos hallazgos modernos de paleontólogos y naturalistas que creen haber dado con restos humanos antiquísimos en terrenos relativamente jóvenes que no pueden dar de sí otra cosa sino esqueletos de animales tan poco semejantes en su estructura al cuerpo del hombre, como el asno *et alia similia*...

Dejando á la derecha el lugar donde Jacob levantó sus tiendas cuando volvía de la Mesopotamia, que por eso se llama *Torre de Jacob*, topamos con el *Sepulcro de Raquel*, un kilómetro antes de entrar en Belén. Punto céntrico, al rededor del cual giran muchos otros puntos históricos, geográficos y tradicionales, el Sepulcro de Raquel, llamado por los árabes *Kubbet-Rajil*, es un monumento cuya autenticidad se comprueba en las sagradas Letras, es reconocida por los judíos y mahometanos de todos los tiempos, y no sé que haya un cristiano que la desconozca. En treinta y ocho siglos pasados ha debido sufrir muchas transformaciones materiales; pero todos estamos de acuerdo en que éste es el lugar donde Jacob enterró á su amada Raquel, muerta al dar á luz á Benjamín, y erigió un monumento á su memoria.

En el cap. XXXV del Génesis se dice: «Murió, pues, Raquel y fué enterrada en el camino que conduce á Efrata, esta es Belén. Y erigió Jacob un título sobre su sepultura: este es el título del Monumento de Raquel hasta el día de hoy: Y cuando Jacob ya viejo, bendecía en Egipto, antes de morir, á los hijos de José, re recordaba de la muerte de su esposa con estas tiernas palabras salidas de un pecho amante y moribundo: Cuando yo volvía de la Mesopotamia, se me murió Raquel en el mismo camino en la tierra de Canaán, y era tiempo de primavera, é iba yo á entrar en Efrata, que por otro nombre se llama Belén. (*Genes.* XLVIII.)»

Este venerable sepulcro era, un tiempo, de los turcos, que tienen en torno su cementerio y á grande honor ser enterrados allí. Hoy pertenece á los judíos, que lo adquirieron á precio exorbitante, y acuden en grandes masas de Jerusalén y de Hebrón á pedir en él la fecundidad. Aquí se pasan los desdichados hebreos días y noches enteras llorando y gritando en memoria de la *inconsolable Raquel*. De las muchas veces que he tenido que pasar por allí, no recuerdo una sola en que no haya visto algunos descendientes de Jacob al

rededor de aquella tumba, que por otra parte, nada ofrece de extraordinario en arquitectura; pues su forma actual no se diferencia gran cosa de otros monumentos destinados á tumbas de santones turcos que tanto abundan por estas partes.

Andando unos quince minutos al Sur se encuentran las Cisternas de David, *Biaz Daud*, denominadas así durante más de treinta siglos por el episodio bellissimo que se refiere en el libro II de los Reyes, cap. xxiii. Se hallaba David en guerra con los filisteos que ocupaban con fuerte guarnición la ciudad de Belén. El Rey-Profeta acampaba en un lugar fuerte de los alrededores, y sintiéndose devorar por la sed, exclamó: «¡Quién me diera poder gustar del agua de la Cisterna que está á la entrada de Belén!» Oyendo lo cual tres esforzados soldados, Jesbaa, Eleazar y Semma, corren presurosos, rompen las filas enemigas, sacan agua de la Cisterna y la llevan á su Rey, quien al ver el peligro de sus leales servidores la toma y hace de ella sacrificio al Señor, derramándola y diciendo estas palabras que son todo un poema de abnegación del propio gusto: «¿Acaso he de beber yo la sangre de estos valientes? El Señor me sea propicio para que no haga tal.» He dicho cisternas en plural porque son en número de tres. Hoy pertenecen á los Padres Franciscanos de Tierra Santa, que hicieron en ellas grandes reparaciones, cerrándolas con fuertes muros y construyendo un hermoso terrado sobre el que se abren las bocas de los tres pozos.

Y, casi sin darnos cuenta, estamos en Belén, cuyas primeras casas hemos pasado ya. Otro día, Dios mediante, penetraremos en sus calles.

INDIA

Misiones Carmelitanas de Malabar.

El R. P. Fr. Ubaldo María, misionero carmelita, escribe desde Colache el 16 de Mayo de 1897:

POR el lugar en donde fecho la presente, verá usted que he cambiado de residencia, según exige el ministerio apostólico, fijando ésta por algún tiempo en Colachel, ciudad y puerto en el Sud de Travancore, escondida y abrigada en el seno de este espléndido y admirable bosque de cocoteros que, arrancando en el cabo Comorin, se extiende, como espesa nube, hasta los confines de la colonia portuguesa (Goa), en una longitud de 400 millas. La población cuenta unos 22,000 habitantes diseminados en un perímetro de dos millas, y cuyos tugurios ó viviendas se esconden bajo el espeso ramaje de las palmas. El pueblo en su mayor parte es pagano; mahometanos los hay en abundancia, y cristianos unos 3,000. Sólo el pueblo cristiano vive urbanizado, formando sus cabañas un conjunto sin orden ni concierto. El carácter de estas gentes no me es nuevo, pues encuentro ser el mismo que en los demás lugares en que he estado; sólo considerando esta comunidad de cristianos bajo el prisma religioso encuentro una diferencia notable y muy superior á los demás, en la confesión y comunión, en el precepto de oír Misa y en la asistencia á las funciones religiosas, pudiendo decir á usted que, no obstante ser la iglesia muy capaz, siempre

queda gente en las afueras del templo oyendo Misa desde las puertas y ventanas. En cuanto á la frecuencia de Sacramentos, me parece ser bastante numerosa; pues desde el 3 del pasado Abril hasta el 18 del mismo llegué á oír 1,296 confesiones, si bien teniendo en cuenta que fué tiempo de Cuaresma; pero hasta hoy continúan siendo numerosas; la repugnancia que el carácter europeo encuentra al tratar de hacer la confesión, no se encuentra en el pueblo indiano; la confesión es para ellos muy fácil, y tan dispuestos y prontos están para hacerla, que bastará una sola palabra del misionero que diga: «Todos á confesarse,» para que grandes y pequeños la cumplan; vez ha habido que he llegado á un lugar nuevo sólo por celebrarles una Misa, mandar sonar la campana para que se confesaran, é inmediatamente se me han presentado sesenta y más personas para la confesión. Tienen un carácter sumamente fácil para obedecer, y su contestación en grandes y pequeños, aun en los más envejecidos, no es otra que «hágase la voluntad del Padre.» Ahora estamos celebrando el mes de Mayo, al que asisten por la mañana al tiempo de la Misa los que no van al trabajo; á las siete vienen las niñas en número de 200; por la tarde á las seis y media los niños, unos 350, y á las ocho el pueblo; tanto los niños como las niñas tienen una hora de Catecismo todos los días del año, y ahora la mayor parte de ellos se están preparando para la primera Comunión, que será, Dios mediante, la de niñas, el día de la Ascensión, y la de niños, el día de Pentecostés. Esta juventud espero ha de ser la escogida para fundar aquí la primera Congregación del *Apostolado de María, Nuestra Señora de la Fe*, como el plantel de dicha Congregación en la India.

De lo anteriormente expuesto deducirá V., mi estimado D. Juan, que hay algo de consolador en los trabajos apostólicos al ver y contemplar una docilidad tal, llena de fe ardiente y viva, junto con las mejores disposiciones para practicar el bien y la virtud en medio de tantas falsas religiones como nos asedian. Y para que nuestros lectores se confirmen en lo dicho, voy á relatar á V. un caso práctico de estas buenas disposiciones para practicar públicamente el bien, confesando á Cristo sin temores ni respetos humanos, y que viene como de mano maestra para cierta clase de vergonzantes, espíritus tímidos y apocados de estos aciagos tiempos. Era el lunes pasado, 10 del corriente, cuando se verificaba á las puertas de nuestra casa una pública subasta, acudiendo á ella en número de 300 entre espectadores y licitadores; la mayor parte eran turcos y paganos; en medio del murmullo y expectación oyendo la voz del pregonero, sonó la campana la señal del *Angelus* á la caída de la tarde, y, como de repente, el pregonero, cual todos los demás cristianos, enmudecen, se vuelven de frente á la iglesia, se arrodillan y rezan el *Angelus*, y terminadas dichas oraciones, uno por uno, todos los cristianos venían al Padre haciendo el *computu*, ó saludo, diciendo: *Sarvastotiram*, que quiere decir *Laus Deo*, ó más claro: «Alabado sea Dios.» Entre tanto, aquellas gentes de distintas religiones que presenciaban tan edificante cuadro como estatuas, sin pronunciar una sola palabra, demostraban su edificación y respeto. ¡Quién me diera poder presen-

tar un cuadro de esta naturaleza, vivo y natural, en medio de esas calles y paseos, cuando las gentes hor-miguean buscando respirar las frescas brisas en las can-iculares tardes del verano! Ciertamente que los que aparecen pudorosos volverían y esconderían el ros-tro de vergüenza al ver que una nueva y virgen gene-ración se levanta en la última década del siglo tan es-plendoroso en luces y adelantos, como borroso en cismas y errores, corrigiendo las relajadas costumbres de una generación que se dice ser cristiana, y de una centuria que, en su lucubración y flamante delirio, dice ser la progenitora de una ley nueva, de un espíritu nuevo, de una nueva moral que ha venido á reivindicar para el hombre todas las libertades apetecibles á la depravada naturaleza del hombre. Escondan el rostro los del gé-nero vergonzante que se confiesan en privado archi-cristianos, y de primera fila por añadidura, rubori-zándose de confesar á Cristo en la calle y en la plaza, como en las procesiones y prácticas religiosas en la vía pública.

Anímense ante tamaño ejemplo aquellos tímidos y apocados que, no obstante confesarse cristianos ante el público, practican ciertas buenas y santas costum-bres, haciéndolo de escondite y á hurtadillas, por el pueril temor del qué dirán, y por que no les vean. Tenga el Señor piedad y misericordia de todos nosotros, y pidámosle que no se verifique aquella terrible senten-cia del Señor: «Y el que me negare delante de los hombres, lo negaré Yo también delante de mi Padre, que está en los cielos;» porque todo cuanto tiene de consolador para los que le confiesan en público saber que Jesús les confesará delante de su eterno Padre, tiene de terrible y conminatoria dicha sentencia para los espíritus tímidos y vergonzantes de este siglo.

AMÉRICA MERIDIONAL

Los Padres Capuchinos en la Goagira

El R. P. Fr. Rafael M. de Alcoy, menor capuchino, escribe desde San José de Guarero el 20 de Marzo de 1897:

CUANDO el amado é inolvidable P. Estanislao de Reus determinó fundar esta residencia, no había en esta población sino unos 20 ranchos. Los Religiosos, mientras se hacía la casa é iglesia, habitaban en un rancho; aquí comían, dormían y hasta celebraban el santo sacrificio de la Misa. Reunían tan malas condicio-nes, que no pocas veces se vieron en peligro de muerte, como le sucedió al H. Fr. Crispín de Palma, el cual tuvo que estar toda una noche dentro de un barril para no ser víctima de un indio que había entrado para darle muerte. El Señor ha bendecido las innumerables fatigas de los misioneros, pues ahora existen en di-cha población unos 70 ranchos y varias casas de civi-lizados, una espaciosa Casa-Misión, de la que un di-putado dijo en Bogotá días pasados, hablando de la Goagira con motivo de la discusión promovida en las Cámaras de Representantes al examinar las relaciones entre Colombia y Venezuela: «Colombia sí que puede verdaderamente decir que tiene posesiones en la Goa-gira... En Guamachal y Guarero ha edificado la Misión

goagira de Padres Capuchinos, llevada allí por nuestro Gobierno, sendos conventos y capillas destinados á la redentora misión de civilizar á los indígenas goagiros, siendo de advertir que en la construcción de la capilla de Guarero, distante dos leguas de Paraguaipoa, case-río venezolano, se han gastado más de 5,000 pesos oro, según datos que nos han sido suministrados por un reverendo Padre Capuchino, individuo de aquella importante Misión.» Además, con la ayuda del ilustrí-simo señor Obispo de la diócesis y de los fondos de la Misión se vistió el año pasado, de civilizados, á más de 50 indios, los cuales van, en unión con otros, á la escuela de los Padres á instruirse en las verdades de nuestra santa Religión. En una palabra, lo que antes era una pura ranchería, va tomando el aspecto de ver-dadero pueblo, siendo la cruz del misionero la que está haciendo tan gran mutación, con la ayuda de Dios. Este progreso, no hay duda, irá en aumento, debido también á las muchas rozas ó huertos que están construyendo al rededor de la población; progreso de que ya el Go-bierno empieza á sacar fruto. Estos adelantos no hay duda que son debidos á la protección del cielo, y en es-pecial al patriarca San José, patrón del lugar. No en vano los pobres indios se esfuerzan en honrar al Santo Patriarca.

Las fiestas de este año revistieron especial esplendor. Estas funciones, comparadas con las de pueblos civili-zados, nada de particular tienen; pero si se considera que se trata de un país de infieles, es cosa grande y que manifiesta un magnífico porvenir. He aquí una peque-ña relación de la fiesta. El R. P. Esteban de Uterga, presidente de esta casa, invitó previamente á los indios de las rancherías circunvecinas, y también al goberna-dor venezolano de Paraguaipoa y demás civilizados que hay por los alrededores, los cuales se esmeraron en acudir al llamamiento del Padre. He de advertir que hasta ahora se tocaba á Misa y á la escuela con una corneta traída de España por los misioneros; pero este año ya pudimos anunciar la fiesta de San José con una hermosa campana que la Misión compró en Nueva York. En efecto, las vísperas del Santo, la Misa cantada á orquesta por los Religiosos, el sermón y demás actos, todo quedó á satisfacción. Pero lo más encantador fué la procesión. ¡Oh si los grandes del mundo, ó sea los que miran las cosas con los ojos de la carne, supieran lo que goza un misionero contemplando estos espectá-culos tan sencillos, pero sublimes! ¿No es grande, no es hermoso ver á los indios llevar las andas del santo Patriarca sobre sus hombros desnudos?... Después de la procesión, en que se dispararon fuegos artificiales, el P. Esteban les predicó en goagiro, y cuando salían decían: «¡Oh qué cosas tan grandes y tan elevadas nos ha dicho hoy el Padre!» Gratas impresiones dejan estas funciones en las almas de estos indios, tanto que no hablan de otra cosa, y desean que se repitan con frecuen-cia. Ahora se está organizando una función extraordi-naria. El R. P. Eugenio nos anuncia que viene á esta re-sidencia el ilustrísimo señor Obispo de la diócesis, con el fin de confirmar á los indios bautizados. Su se-ñoría ilustrísima creo que quedará satisfecho al ver los adelantos de esta casa.

PERÚ

Misiones Franciscanas en el Oriente del Perú.—División del Perú.—Reducción.—Asesinato de un irlandés.—Una víctima libertada.

NUESTRO colegio de Santa Rosa de Ocopa, escribe desde San Luís de Shuaro, en Septiembre último, el R. P. J. V., M. O., el primero y generador de la mayor parte de los colegios de esta comisaría, tiene á su cargo la conversión y civilización de las tribus salvajes diseminadas en el extenso territorio de la parte oriental de los Andes. El Perú ordinariamente se divide de Este á Oeste en tres grandes zonas paralelas, llamadas la *costa*, la *sierra* y la *montaña*. La costa, en la que reside la raza europea y se habla el idioma

río abarca casi toda la región de los bosques pertenecientes al Perú. En la misma cuenca, si bien en las faldas de los Andes, se hallan las Reducciones de Quillasú, Sogormo y esta de San Luís.

Cuando el anterior prefecto de las Misiones R. Padre Fr. Gabriel Sala puso los fundamentos de este pueblo, no podía prever la importancia que en breve tendría. Con motivo de la constante inmigración al hermoso Chanchamayo, á cuyo extremo Norte se halla San Luís, la población aumenta de un modo rápido, y el supremo Gobierno ha tendido un hilo telegráfico que la comunica con Lima y con el mundo civilizado. San Luís es actualmente el centro de las Misiones, la residencia habitual del Padre Prefecto y de donde salen los Padres para las demás Reducciones.



CARTAGO.—Vista de las excavaciones de una casa bizantina. (Pág. 351)

de Castilla, comprende el territorio desde la vertiente occidental de los Andes hasta el Océano Pacífico; la montaña, desde la vertiente oriental hasta las naciones limítrofes; la sierra, en que reside la raza indígena y se habla el idioma *quechua*, es la zona comprendida entre aquellas dos. La zona oriental, llena de espesísimos bosques, es casi tan extensa como las otras dos juntas, y está ocupada, en su mayor parte, por tribus salvajes y con tantos idiomas como tribus propiamente dichas existen.

Las *doctrinas* ó Reducciones que actualmente tienen nuestros misioneros son *Cayaria* y *Cachiboya*, situadas en las márgenes de los ríos del mismo nombre, afluentes primarios del caudaloso Ucayali. La cuenca de este

El actual prefecto R. P. Fr. Tomás Hernández, no contento con las Reducciones referidas, se propuso extender el campo de acción de nuestros misioneros. En Julio de 1893 y á ocho jornadas de San Luís proyectó fundar, en las márgenes del Pangoa, una nueva residencia con el objeto de atraer y civilizar la principal fracción de la tribu de los salvajes llamados *campas*. Esta tribu, que es una de las más numerosas, á la par que más desconfiada y temible, ocupa una gran extensión de terreno en las inmediaciones de los Andes. La parcialidad más importante y entre los mismos *campas* más respetada reside en la cuenta del Ené y Perené. El Pangoa es afluente de este último.

Conviene advertir que los actuales *campas* son des-

cendientes de los neófitos que á mediados del siglo pasado se sublevaron al grito de reconquista dado por el célebre indio (1) Santos Atahualpa, que se hizo reconocer como vástago de los Incas. Esta sublevación, que ocasionó la pérdida de las Misiones y martirio de algunos misioneros, produjo también la dispersión de los neófitos, que volvieron á sus antiguas costumbres. A contar de aquella época, los campos entregados á sus salvajes instintos en nada se distinguen de sus antepasados. Desde la nueva restauración de nuestro colegio de Ocopa, después de la independencia del Perú, los Padres misioneros repetidas veces intentaron, aunque en vano, restaurar aquellas Misiones. No obstante las graves dificultades que la reducción de los campos ofrecía al celo de los misioneros, el P. Tomás Hernández no vaciló en arrostrarlas.

En la fecha indicada, Julio de 1893, el Padre Prefecto, acompañado de otro Religioso, pasó á la zona comprendida entre los ríos Ené y Perené, y después de explorar la topografía del terreno, fundó la nueva Reducción en la orilla del Pangoa. Reducción que debía tener un desenlace fatal.

Los sucesos que vamos á referir tuvieron su principio á raíz del establecimiento de dicha Misión. Tan luego como el Padre Prefecto se puso en comunicación con los campos, algunos secundaron los proyectos del Padre; especialmente un respetable anciano llamado Serutique, con toda su familia compuesta de cuatro matrimonios y un total de treinta individuos, se acercó al lado de la Misión. Al poco tiempo pasaron á dicho lugar algunos indios de Andamarca, último pueblo civilizado y más inmediato al Pangoa. No tardaron en seguir el mismo camino tres extranjeros, un yankee, un irlandés y un italiano. Los campos recelaron la presencia de los extranjeros, pues creen que van allí á expulsarlos para apoderarse de sus terrenos, de los que los campos se reputan dueños absolutos. Sin embargo, como los extranjeros eran en corto número, toleraron su presencia; entraron en relación con ellos y aun se ofrecieron á prestarles algunos servicios á cambio de machetes, ropa y de fruslerías que les sirven para sus adornos. Así las cosas, la Misión ofrecía un aspecto bastante satisfactorio, como quiera que los salvajes visitaban á los Padres, con quienes estaban en buena armonía, y al parecer sostenían amistosas relaciones con los colonos.

El irlandés deseoso de explorar nuevos terrenos proyectó bajar al Ucayali surcando los ríos Perené y Tambo. Para realizar esta travesía le era indispensable servirse de los campos, únicos conocedores de estos ríos y que tenían medios de movilidad. Antes de emprender tan atrevida y peligrosa excursión, lo consultó con el Padre Prefecto, quien le manifestó lo imprudente de entregarse solo á la dirección de los salvajes en quienes, en un momento dado, podría revivir su feroz instinto. Además el Padre le suplicó que, si sus deseos eran visitar el Ucayali, hiciera la ruta acostumbrada por los misioneros, partiendo de San Luís, á donde el Padre se dirigía por asuntos de la Misión. Nuestro hombre, si bien agradeció el interés que el Padre to-

maba por él, no dió, sin embargo, mucha importancia á sus consejos y súplicas, toda vez que luego comunicó su proyecto con el campata llamado Churihuante, jefe de la parcialidad, quien se ofreció, al parecer con mucho agrado, con dos más de los suyos á llevarlo en su canoa. Interín el Padre Prefecto vino á esta de San Luís, el irlandés se entregó con sobrada confianza á la dirección de los salvajes, después de estipular el precio y de proveerse de lo indispensable para una larga travesía. Ausentes el Padre Prefecto y el irlandés, los asuntos de la Misión seguían su curso ordinario, y nada hacía presentir los desagradables sucesos que después sobrevinieron, principiando por el audaz é imprudente viaje del irlandés.

El convenio del irlandés con los campos fué que éstos le acompañarían hasta el río Tambo (río formado por la afluencia del Ené y Perené; el Tambo lleva sus aguas al Ucayali). Una vez llegados al Tambo, el irlandés acompañado de los campos que viven en sus márgenes, debía continuar el viaje hasta el lugar en que convinieran. Terminado el tiempo necesario para la travesía del Pangoa al Tambo, Churihuante con los suyos regresaron á sus hogares, al parecer, satisfechos de la excursión.

Después de algunos meses el P. Tomás Hernández regresó de San Luís al Pangoa, y como es natural, quiso informarse del éxito de la expedición del irlandés. Los campos le manifestaron que todo había ido bien; que lo habían dejado en el Tambo en disposición de continuar el viaje. Al referir esto los campos faltaban á la verdad. Empero, como no todos los salvajes, por ser tales, carecen del sentimiento de humanidad, ni desconocen el remordimiento, uno de ellos hablando confidencialmente con el Padre Prefecto le manifestó la realidad de los hechos. ¿Qué había sucedido? Después de unos días de navegación y hallándose en un lugar que los salvajes reputaron oportuno, convinieron, hablando en su idioma, que el irlandés no entendía, en hacer zozobrar la canoa, lo que verificaron. Todos fueron al agua, mas los salvajes como buenos *anfíbios* tomaron la canoa, y se embarcaron nuevamente en ella. El infeliz irlandés, arrastrado por la corriente, luchaba con vigor para acercarse á la embarcación, llegó á agarrarse de ella, y mientras hacía esfuerzos desesperados para embarcarse, los salvajes, á instancia del jefe Churihuante, le dieron con los remos en la cabeza hasta matarlo, y luego abandonaron el cadáver á merced de la corriente.

El Padre Prefecto, al oír este relato y deseoso de impedir semejantes avances, se avistó con dicho jefe, le increpó severamente su felonía y criminal proceder. Churihuante, que ya no podía negar la realidad de su crimen, sufrió en silencio las reconvenciones del Padre; mas al separarse echó sobre el una mirada de reconcentrada cólera, que indicaba que el Padre sería otra víctima sacrificada al encono de los campos.

Con este hecho la situación de los misioneros empezaba á ser difícil. Aunque los salvajes frecuentaban la Misión, no obstante, pasó algún tiempo sin que Churihuante se asomase. Los Padres juzgaron prudente no hablar más del asunto, temerosos de comprometer la situación, manifestándose benévolos con los campos. Es-

(1) En el Perú llaman *indio* ó *cholo* á los indígenas de la sierra. A los salvajes de la montaña ó región de los bosques los denominan con el genérico nombre de *chunchos*.

tos interpretaron la pacífica actitud de los misioneros á falta de energía, debilidad y miedo; lo que dió motivo á que los salvajes al visitar á los Padres y colonos se tomaran libertades más ó menos hostiles, que tendían á provocar un conflicto. Los misioneros y colonos disimulaban sufriendo con paciencia los avances de los campas, que cada día se manifestaban más insolentes, mayormente cuando vieron que Churihuante presentándose con arrogancia ante los misioneros no fué reconvenido de nuevo, sino al contrario, tratado con amabilidad. Los Padres al proceder de este modo confiaban atraerse poco á poco un jefe tan temible, lo que conseguido, la Misión habría satisfecho las exigencias del celo y trabajos de los misioneros. Churihuante parecía estar contento de la conducta de los Padres. Si bien él y los suyos manifestaban alguna deferencia con los misioneros, no así con los colonos, pues ante éstos cada día se hacían más insolentes. Pasó algún tiempo en este estado, que empezaba á hacerse insostenible por parte de la Misión, cuando un nuevo acontecimiento vino á empeorar las cosas.

Entre los campas, como entre las demás tribus salvajes diseminadas en los bosques centrales de América, existen preocupaciones difíciles de desarraigar, aún cuando los salvajes se conviertan al Catolicismo. Una de las preocupaciones es la creencia de que cuando les sucede alguna adversidad la atribuyen á algún brujo, y para averiguar quién es el autor del suceso adverso recurren á algún charlatán *especialista* que explota semejante preocupación, ó para adquirir algo que apetece de los objetos que posee quien lo llama, ó para vengarse de algún enemigo ó sacrificar algún ser inofensivo, según el giro que toman las farsas que debe desempeñar. Entre los campas la saña del charlatán recae casi siempre en personas inofensivas é inocentes.

Es el caso que en una familia campa enfermó un individuo, y, según costumbre, llamaron al *especialista* curandero adivino. Cuando éste, después de haber aplicado los remedios, que son siempre los mismos para toda clase de enfermedades, no contiene los progresos del mal, para excusar su impotencia y dar mérito á las extravagancias que emplea, culpa á algún ser inocente que desea sacrificar. Nuestro farsante al ver que la enfermedad no cedía á los ridículos medios que había empleado para combatirla, la atribuyó á la activa y poderosa influencia de algún brujo. Preguntado por la familia del paciente quién era, indicó á una pobre niña de dieciséis años, huérfana, que tal vez había desdeñado sus caricias, y que vivía al lado de una familia campa que la había recogido. Luego la familia del enfermo, auxiliada por sus parientes y á instancias de Churihuante, fueron en busca de la supuesta bruja. Cuando se apresó á la pobre muchacha, que ignoraba la existencia de tal enfermo, y se le manifestó la causa de su prisión, puede V. R. imaginar la desesperación que se apoderó de ella, pues no ignoraba los tormentos á que debían someterla antes de victimarla. Protestas de su inocencia, lágrimas, súplicas capaces de conmover á un corazón de acero, no fueron suficientes para excitar en sus verdugos un sentimiento de consideración. Era al caer de la tarde cuando la apresaron, y al día siguiente debían victimarla, después de martirizarla de distintas mane-

ras. Para asegurarla la amarraron á un palo de los que sostienen la techumbre de la choza y se hallaba á la vista de todos. Allí la infeliz lloraba su triste suerte excitando con sus lágrimas y lamentos la hilaridad de sus verdugos. En altas horas de la noche en que éstos dormían rendidos, más que por el sueño, por las libaciones en honor de la víctima, ésta, en silencio, hacía esfuerzos desesperados para desprenderse de las ataduras, y ayudada por uno de los circunstantes, menos inhumano, sin duda alguna, de la familia en que ella vivía, adquirió la libertad.

Tan luego como se vió libre, y aprovechando la oportunidad de dormir todos menos su libertador, corrió por entre la espesura hacia la Misión; pues sabía que los misioneros habían salvado á muchos que, ó debían ser sacrificados, ó vendidos á los blancos para explotarlos en su provecho. Por más que en este siglo se alardee en la tribuna y en la prensa el sentimiento humanitario, no obstante, en la inmensa hoya del Amazonas se hace un infame comercio de carne humana por los hijos de la luz de la vieja Europa y de la joven América; comercio que ha ocasionado serias persecuciones á los misioneros que tratan de impedirlo. No es mi intento, por ahora, tratar este asunto, sino referir simplemente los hechos relacionados con el objeto que motiva la presente. Veremos si después se ofrece oportunidad para ser más explícito sobre el impío comercio que he indicado.

La joven llena de fatiga y mortal congoja se asiló en la primera casa de la Misión, cuyos dueños temerosos de la venganza de los salvajes entregaron la muchacha á los Padres, los que, después de tranquilizarla y consolarla, la confiaron á la familia de un colono, llamado Mariano Ortega. Los salvajes al verse burlados por la fuga de su víctima y averiguando que se había asilado bajo la protección de los misioneros, trataron de recuperarla. Para el efecto el jefe Churihuante mandó tres comisionados con el fin de que exigieran de los Padres la entrega de la muchacha. Los Padres, naturalmente, se resistieron é increparon á los salvajes su crueldad y preocupaciones. Al ver que nada podían conseguir é ignorando el sitio en que se hallaba la víctima, llenos de coraje regresaron á dar cuenta á su jefe del mal éxito de su comisión. Entre tanto Mariano Ortega con su familia se fué á Audamarca, llevándose á la joven campa, la que por este medio se ha librado de una muerte horrorosa. Después los Padres recogieron á la pobre niña y la depositaron en un colegio dirigido por Religiosas Terciarias, en donde se la catequiza y recibirá la instrucción que se da á las demás niñas. Al verse tratada con tanta caridad, no halla otro medio para manifestar su gratitud que las lágrimas.

Si antes de este hecho la relación entre la Misión y los salvajes se hacía insostenible, ahora se hizo casi desesperada. Los colonos, en previsión de futuros y desagradables acontecimientos, se proveyeron de armas de precisión, con acopio suficiente de cápsulas. Los Padres confiando con prudente paciencia suavizar la tirantez de la situación, aconsejaron á todos los colonos salvajes y cristianos que sufrieran resignados las provocaciones de los campas, á fin de evitar un conflicto cuyas consecuencias no podían preverse. — (*Se concluirá*).

BRASIL

Los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María en el Brasil

El templo del Inmaculado Corazón de María (escribe el R. P. Ramón Genover, C. M. F.), primero en esta dilatadísima región, he aquí el objeto obligado de nuestros pensamientos. Tendrá este templo 48 metros de largo por 22 de ancho, con una cúpula que se levanta otros 38.

Esta obra, aunque tan importante, no nos distrae, gracias á Dios, un punto de nuestro objeto principal, que son las Misiones. Dos de nuestros misioneros están acompañando al señor Obispo de la diócesis en la visita pastoral que empezó por Braganza y va á continuar en otras varias ciudades y poblaciones importantes. Como se supone, nuestros Padres llevarán en la santa visita el peso del púlpito y confesonario, lo cual exige no escaso trabajo; por más que no están ellos solos para llevarlo á cabo, pues van otros varios señores sacerdotes que rivalizan en celo y laboriosidad.

Al mismo tiempo andan otros dos Padres por el extremo occidental de los países conocidos de este Estado. Digo de los países conocidos, porque por el lado donde están hállase más allá inmensos matos que están todavía inexplorados y habitados por los bugres ó salvajes. Es cierto que muchos de estos infelices tienen ideas religiosas y fueron en otro tiempo instruídos en la Religión. Nuestros misioneros han tenido ocasión de tratar y aun confesar á varios de estos bugres civilizados. Empero desde la persecución contra los Religiosos por el impío Pombal, quedaron privados del pasto espiritual y volvieron á caer en el abismo de la gentilidad. Si el Señor sucitase algunos hombres de grande espíritu que se ofreciesen á ir á buscarlos en sus chozas, ¡cuánto se podría negociar es esta empresa divina!

A las honrosas visitas que hemos tenido en nuestra nueva residencia, hay que añadir la del Excmo. Sr. don Silverio, obispo de Mariana, el cual vino con el señor Obispo diocesano, ya para ver la casa, ya para gozar de la hermosa perspectiva que desde ella se disfruta, ya para examinar las obras de la nueva iglesia, Acompañaba á S. E. su dignísimo señor Secretario. Mostraron ambos deseos muy vivos de volver para consagrar el templo del Inmaculado Corazón de María. También estuvo ayer en visita de despedida el excelentísimo señor Obispo de Espíritu Santo, el cual después de haber trabajado con celo en esta diócesis, ya confirmando, ya confesando y predicando, sale para encargarse de su nueva diócesis. Quiere á todo trance preparar una morada para los misioneros del Inmaculado Corazón, porque desde que los conoció, los juzga un elemento no sólo útil sino hasta necesario para el bien espiritual de su nuevo rebaño. Que Dios le acompañe y oiga sus votos.

Hace pocos días que tuvimos el honor de visitar al reverendo Padre Superior de los Salesianos de Matto Grosso, que se hallaba en ésta de paso para su Misión. El Estado de Matto Grosso es sin duda el más extenso y tal vez el más despoblado de todo el Brasil. En su seno esconde riquezas inmensas que están inexploradas. Como su mismo nombre lo dice, está cubierto de selvas

vírgenes y espesísimas. Las únicas vías de comunicación más fáciles que tiene, son las fluviales. Para dirigirse dicho Padre á su casa, establecida en Cuyabá, capital del Estado, debió ir á embarcarse en Montevideo y subir por La Plata, Paraguay, San Lorenzo y Cuyabá, empleando un mes á lo menos en el viaje. Es viaje delicioso por cierto, porque casi siempre se descubren las orillas de los ríos pobladas de frondosos árboles en donde juegan millares de pájaros, monos, ardillas, etc.; pero en algunas partes se hace incómodo por las bandadas de mosquitos y otros animalejos que las infestan.

SURIGAO (Filipinas)

Visita á los pueblos de San Luís y Santa Inés.—Horrible asesinato del capitán Mauricio, y de otros dos hermanos, muertos por un manobo infiel.

El R. P. Felipe Ramo, de la Compañía, escribe desde Talacogon al reverendo Padre Superior:

A MADÍSIMO en Cristo y reverendo Padre Superior: Después de marcharse V. R. de Butuan, volvimos los Padres y Hermanos á nuestros respectivos puestos, para ejecutar todo cuanto en su visita nos encomendó la santa obediencia.

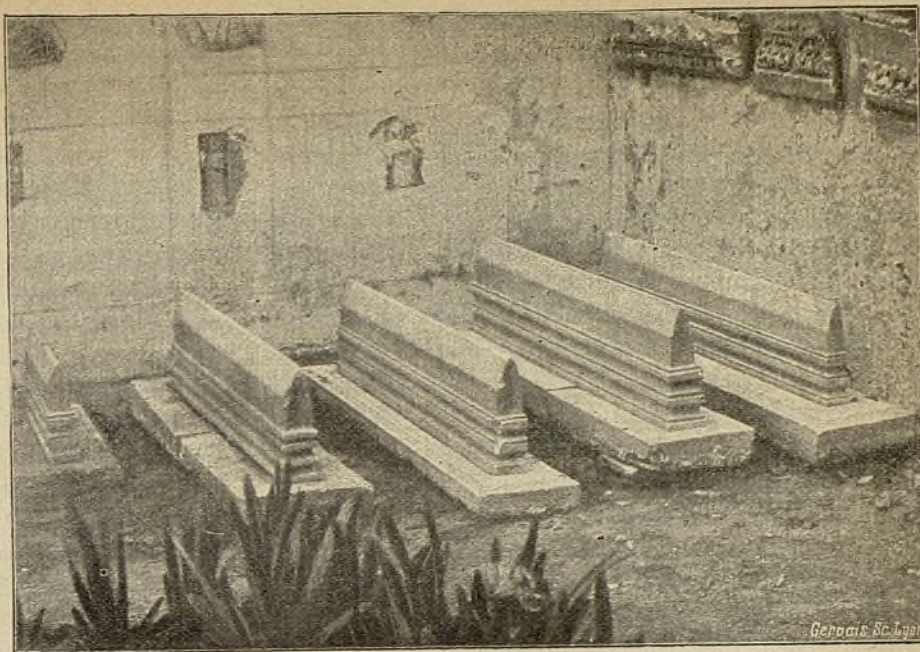
Volví á Talacogon con el P. Ramón Ricart, á quien me dieron de auxiliar; arreglamos nuestro equipaje, tomamos provisiones para mes y medio, y comenzamos nuestros trabajos por el pueblo de San Luís. En este pueblo estuvimos dos días predicando, confesando, bautizando y casando; pero no todos acudieron á nuestro llamamiento, y algunos de los que conservan todavía sus aficiones al bosque, no se dignaron venir al cumplimiento pascual.

Debíamos pasar en seguida al pueblo de Basa; pero nos avisaron que el río con sus grandes avenidas estaba lleno de troncos y peligros, y para que pudieran limpiarlo determinamos darles tiempo aplazando nuestra visita. En Santa Inés nos recibieron las Autoridades con grandes muestras de respeto y alegría; y como pudiéramos hacer algo de provecho en la misma tarde de nuestra llegada, se dieron tal prisa y fueron tan diligentes en avisar á los ausentes, que luego comenzaron á venir indios por todos los caminos de sus sementeras. La multitud de hombres y mujeres que en tan poco tiempo vimos en la iglesia para rezar el santo Rosario y escuchar el primer sermón que se les hizo, fué causa de que nos prometiéramos abundante fruto de aquella viña del Señor. Terminados los trabajos de aquel día nos retiramos á descansar, y muy descuidados estábamos y en profundo sueño, cuando á las tres de la mañana se presentó en Santa Inés un baroto con grumetes de Talacogon que á toda prisa fueron á Santa Inés para llevarse al Padre. El primero que se enteró de lo que pasaba, fué nuestro antiguo bata Catalino Mercado. Este, sabedor de lo que pasaba, vino al lugar en donde dormíamos y me despertó. Me dijo que me buscaba á toda prisa para llevarme á Talacogon, porque unos manobos habían herido de muerte al capitán Mauricio. El caso era gravísimo. Desperté al Padre Ramón Ricart. Le comuniqué la noticia que había recibido. Pedimos más explicaciones para determinar lo

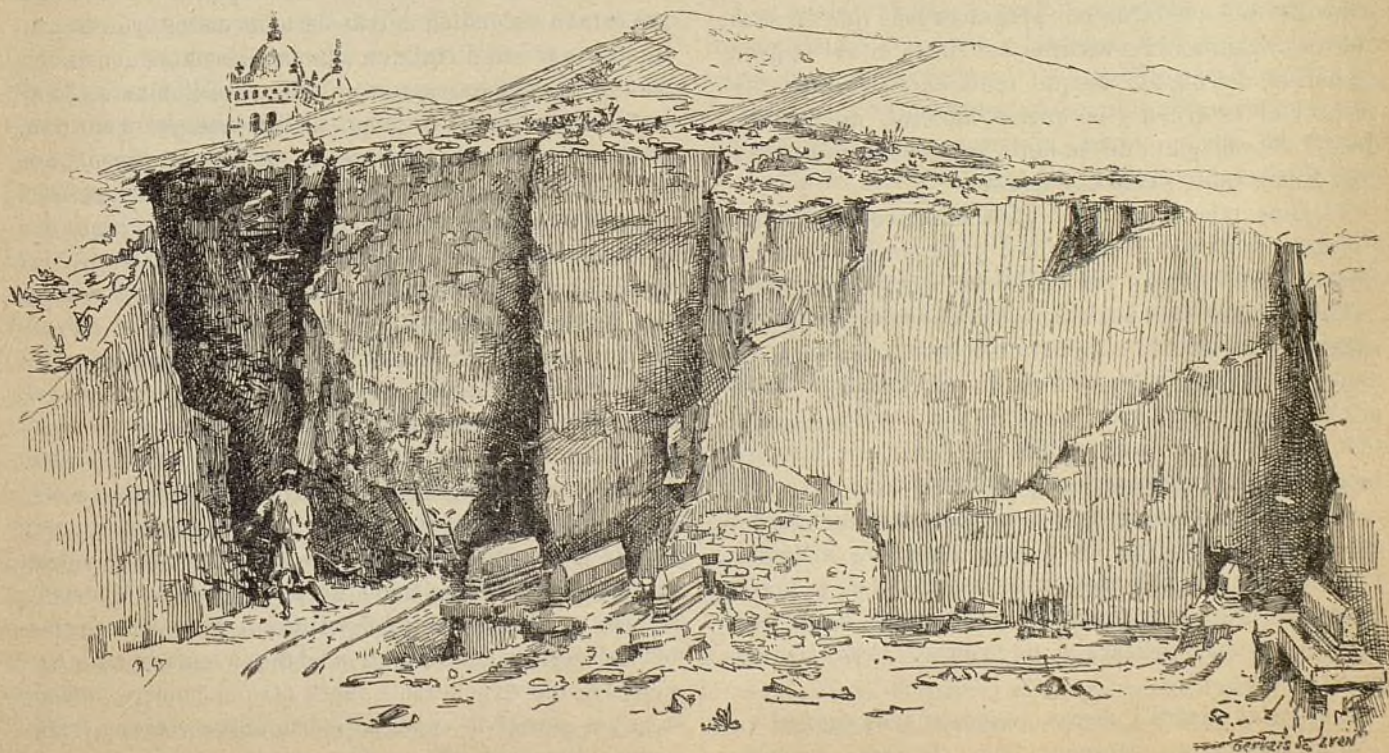
que habíamos de hacer; creyó el P. Ricart que haríamos bien, en quedarse él para terminar los trabajos de Santa Inés, y en marcharme yo para auxiliar al capitán herido y estar á la mira de lo que pudiera suceder en Talacogon. Pero pensando yo que el caso era gravísimo; que de la muerte del capitán podían surgir grandes dificultades, y que el P. Ricart por sus muchos años de experiencia en estas Misiones, me ayudaría mucho con su consejo; di orden para que metieran en el baroto todo nuestro equipaje, y nos embarcamos los dos. El río Maasan tenía entonces grande avenida. Si de día es peligrosísimo, mucho más lo era en aquellas altas horas de la noche, por estar nublado el cielo y no poder divisar por donde íbamos. Con todo, para aminorar el peligro, llevábamos un baroto delante, y sus grumetes decían á grandes voces, en donde habían troncos que debíamos evitar. Por fin, dejamos el río Maasan y entramos en el majestuoso Agusan. Al despuntar el día nos encontramos frente á la sementera del capitán Mauricio, en donde nos detuvimos el día anterior, desde donde saludamos á la mujer y á la hija del capitán, en donde después de nuestro saludo, hicimos un regalo á dos niños enfermos, nietos del capitán, y en donde cuatro horas después, por la noche, tuvo lugar la sangrienta escena que le voy á contar.

Sabido es de todos que el capitán Mauricio era uno de los mejores capitanes que hemos tenido en el Agu-

san. Por cumplir sus obligaciones de capitán permanecía constante en su pueblo aun con perjuicio de sus haciendas; y solamente en casos de mucha necesidad dejaba el pueblo para ir á sus sementeras, y volvía en seguida. Pues uno de estos casos extraordinarios lo tuvo el día 11 de Mayo. Se previno de muchas hachas, reunió veinticinco hombres forzudos, y á las diez de la noche salió, el día 11 de Mayo, en una banca, para hacer en poco tiempo lo que pudiera haber hecho en muchos días, si no fuera capitán. Todos los hombres que llevaba eran escogidos y conocidos, como de Talacogon; menos tres; uno nuevo cristiano de Basa y los otros dos, manobos infieles, sácope del Bagani Maya, que



CARTAGO.—Tumba árabe de la edad media. (Pág. 350)



CARTAGO.—Descubrimiento de un cementerio árabe antiguo. (Pág. 350)

pasa su vida (según dicen) salvaje, en los montes de Basa matando á quien se le antoja, haciendo esclavos y vendiendo esclavos á los moros del otro lado del Pulangui. El nuevo cristiano vino con el maestro de Basa á Talacogon, y en el camino parece que se les juntaron los dos manobos infieles que también vinieron á Talacogon, á buscar trabajo, según dijeron, para ganar algún dinero y comprar alguna cosa de los chinos. Por eso el capitán Mauricio, que necesitaba trabajadores, llevó también consigo, al cristiano nuevo y los dos manobos infieles. Dejaron éstos sus lanzas y sus escudos en Talacogon, en la casa del inspector Basa, en donde se alojaron; pero tuvieron buen cuidado de llevar consigo el *pinuti*. Como no tenían remos, los colocó el capitán muy cerca de sí, en la popa de su camarote; y notando que los manobos llevaban *pinuti* colgado del cinto, les dijo que lo dejaran en el lugar que les señaló, y ellos obedecieron. Subieron, pues, del pantalan de Talacogon, muy lejos de pensar el capitán y los grumetes de Talacogon lo que les había de suceder dos horas después. Llegaron sin novedad al embarcadero de la sementera del capitán, y cuando dirigían la banca al punto en que habían de saltar á tierra; los manobos infieles metieron el *pinuti* en la espalda del capitán y le atravesaron el pecho. Al sentirse herido el capitán, gritó... «¡Culebra... Culebra!...» y diciendo esto se arrojó al agua, cuando le acababan de hundir otra vez el *pinuti* por la región del hígado sin duda hasta el hueso sacro. Después de herir mortalmente al capitán, la emprendieron con los grumetes para abrirse paso y escapar. Unos grumetes se defendían como podían de aquellos improvisados enemigos; otros se arrojaron al agua para auxiliar á su capitán, que se ahogaba en un lugar de mucha profundidad; y otros se fueron á donde sus pies les llevaron. No sucedieron estas cosas sin que lo advirtieran la mujer, y la hija y las criadas que le aguardaban en la sementera, y al oír tan extraña gritería, salieron todos á la orilla del río, en donde todos los que quedaron no pensaban más que en sacar del río al capitán. Lo sacaron por fin, y al ver la grande herida del hígado, la que tenía entre la tetilla derecha y el esternón y la que le hicieron de entrada, debajo del omoplato de la derecha, quedaron espantados. Entre tanto decía el capitán:

—¡Dios mío, Dios mío! ¡ten misericordia de mí! ¡Virgen Santísima, ampara-me! ¡Que venga pronto el Padre! ¡Que venga pronto el Padre, que yo me muero!

Por aquellas tres heridas le salían como tres ríos de sangre, y no sabían ni tenían con que restañarla. Su mujer se quitó la ropa interior, la hizo pedazos, le limpió la sangre repetidas veces, le puso vendajes, pero todo fué inútil, la sangre salía sin cesar. En circunstancias tan angustiosas, determinaron llevar al capitán á toda prisa á Talacogon, y que unos cuantos grumetes de puños, sin pérdida de tiempo, buscaran al Padre, y así lo hicieron. Por eso serían las cuatro de la mañana cuando nos encontrábamos en el lugar de la sangrienta escena, que acabo de contar. Pero sigamos nuestro viaje.

Serían las cuatro y media de la mañana, cuando vimos un baroto sin batangas lleno de gente armada. Eran cuadrilleros que venían á recibirnos y acompañar-

nos, y al acercarse se pusieron todos de pie y nos dijeron á qué venían.

Media hora más tarde, encontramos otro baroto con cuadrilleros y otros hombres armados de fusiles y lanzas que se dirigían á Basa para sacar vivo al maestro, de aquel pueblo, á quien suponían en grave peligro. Por éstos supimos que el capitán, antes de llegar á Talacogon en la barra de un río lateral, exhaló el último suspiro y perdió la vida. Entonces les dije:

—Pues ya que vais á Basa en busca del maestro, decid al capitán de orden del Padre, que se presente en Talacogon cuanto antes. Llegamos por fin Talacogon, y el hermano Gavirondo nos contó que á las tres de la mañana llegó el cadáver del capitán, que inmediatamente corrió la noticia de su muerte por toda la población y que no se oían desde aquella hora más que gritos y lamentos. Luego nos dió otra noticia que no sabíamos, y fué, que el manobo infiel que mató al capitán, ya había recibido su merecido y estaba muerto en el pantalan.

En efecto, fuimos primero á ver al manobo, por estar más cercano á nuestra residencia, y lo vimos junto al río, boca abajo y con un cuerpo tan herido y destrozado, que no parecía sino que cuantos embarcaban ó desembarcaban, le daban bolazos ó golpes, para desahogar contra él el furor que habían concebido por haber muerto á su capitán. Pero, ¿como cogieron tan pronto al manobo? Esto es lo que voy á contarle.

Dicen que estando el capitán en tan mal estado y de vuelta para Talacogon; mandó á cuatro de los criados que le acompañaban, que volvieran á la sementera, para recoger instrumentos, cerrar puertas y guardar todo lo que en aquella grande tribulación habían dejado abandonado. Obedecieron los criados al capitán; se armaron de lanza y escudo; se embarcaron en su baroto pequeño y se fueron á la sementera. Pero al llegar al embarcadero y al dirigirse al punto en que habían de saltar á tierra; se levantó de repente un hombre, que estaba escondido detrás de unas matas, y levantando un *pinuti* se dirigió en ademán de matar al más cercano de los grumetes, ó sea al que aquí llaman el guardián y suele remar en la proa. Entonces el guardián, hombre diestro en el manejo de las armas, desde que fué manobo y después de hacerse cristiano, paró el golpe con tan feliz suerte, que por de pronto logró con su escudo desarmar al manobo, cuyo *pinuti* cayó al agua. Entonces el manobo se arrojó á la proa y comenzó á fuerza de puños á mover lateralmente el baroto con la intención de tumbar á los cuatro grumetes, arrojarlos al agua, apoderarse de una lanza y matarlos á todos. Pero el guardián le dió una lanzada en el corazón al manobo; y con esta lanzada acabó su mala vida. Así se cumplió palpablemente lo que dijo Nuestro Señor Jesucristo, que *quien á hierro mata á hierro muere*, porque reconocido el cadáver de aquel manobo, vieron que era el mismo que había herido al capitán Mauricio. Muerto ya el manobo infiel y traidor, pensaron los criados del capitán, que seguir adelante y entrar en la sementera, era exponerse á tener otro encuentro impen-sado y á perder la vida, y determinaron volver á Talacogon y llevar el cadáver del manobo.

Pasadas algunas horas después de la muerte del ca-

pitán notaron, que no habían vuelto á Talacogon todos los grumetes de Talacogon. Entonces mandaron cuadrilleros y alguaciles y gente armada para que los buscaran, y al recorrer la sementera del capitán, encontraron al grumete Apolinario Libando muerto y con un bolo en la mano, con una grande herida en el hígado, y en posición que indicaba que había peleado hasta morir. El bolo que le encontraron en la mano y esa posición que conservaba dió fundamento para sospechar que Apolinario Libando habría herido en la pelea al manobo infiel, y le habría dejado tan mal trecho, que no pudo escaparse.

Trajeron á Talacogon el cadáver de Apolinario Libando, y se renovaron los gritos y lamentos.

Volvieron á buscar á otro que faltaba; y por fin lo encontraron al día siguiente, flotando sobre las aguas del río Agusan, cerca de Guadalupe. Con el *pinuti* le habían atravesado de parte á parte por la cintura y de derecha á izquierda, y le salían las entrañas. Era el hermano de Apolinario y se llamaba Gregorio Libando. Uno y otro eran casados, y han dejado á sus mujeres y á sus hijitos en la miseria. El otro, en quien también se cebó el hierro del manobo, se llama Gregorio Guerrero, quien recibió profunda herida en el hígado, y pudo llegar ó ser llevado con vida á su propia casa; en donde le visité y juzgué que tendría vida para pocos días, si no hacía Dios un milagro con el Agua de San Ignacio que dispuse que la bebiera. Consolé á sus padres, á sus hermanos y á su mujer. Les di agua fenicada para que con ella limpiaran la herida. Les ofrecí cuanto pudiera serles de alguna utilidad de todo lo que tenemos en nuestra Residencia, y como tenía que marcharme á los pueblos del Jibón y del Suribao, hice que Gregorio Guerrero se confesara, recibiera el Santo Viático y la Extremaunción; y después de encomendar repetidas veces al H. Gavirondo, que diera á la familia de Gregorio todo lo que necesitaran, me marché de Talacogon.

Estaba entonces enfermo de la caída que tuve en La Paz, y me curaba con un ungüento que me dió el H. Vilanova en Butuan; pero al pensar que Gregorio Guerrero lo necesitaría más que yo, lo dejé al H. Gavirondo para que curara á Gregorio Guerrero cuando lo necesitara.

Me marché pensando que si Dios nuestro Señor no hacía un milagro con el agua de San Ignacio, Gregorio Guerrero había de morir muy pronto, y gracias á Dios me fueron dadas noticias, cada vez mejores, de la marcha de su enfermedad, y cuando volví y le visité, lo encontré sentado, casi bueno y jugando con un hijito que tenía en los brazos. Yo creo que le curó el agua de San Ignacio.

La noticia de tantas heridas, tanta sangre derramada y tantas muertes, corrió como el rayo por todos los pueblos de los nuevos y de los viejos cristianos. Los capitanes, los tenientes y los principales de los pueblos más cercanos, vinieron en seguida para asistir á los funerales de los que tan bárbaramente habían sido asesinados...

Conviene se destinen á estos lugares algunos soldados que persigan y den su merecido á los que no se reduzcan y sean pertinaces en su salvajismo.

LOS CHAMES Y SUS SUPERSTICIONES

POR EL R. P. DAMIÁN GRANGÓN, MISIONERO EN COCHINCHINA ORIENTAL

I.—Estado material y político

EXISTE al Sur del Anam, en la provincia del Binh-Thuan (Misión de la Cochinchina Oriental), un pueblo muy interesante desde el punto de vista histórico, y sobre todo desde el religioso: son los chames (1), restos que se van extinguiendo del antiguo é ilustre reino del Cyampa.

Este pueblo desaparecido carece aún de historia, y el sabio que quisiera tomar sobre sí la penosa tarea de escribirla, hallaría los principales elementos de su trabajo en las tradiciones, las inscripciones y los anales chinos y anamitas.

Las tradiciones locales se conservan sobre todo en estado oral, por los bonzos, y algunos manuscritos, principalmente entre los chames del Camboja, hermanos de los chames del Binh-Thuan. Son muy incoherentes y sobrecargadas de superfetaciones legendarias.

Subsisten todavía gran número de inscripciones en las lenguas sánscrita é indígena, en los monumentos públicos, y también en rocas aisladas, como en Phan-Rang, en Khank-Hoa, en el Phu-Yen, y aun en las cavernas de paredes profundas como al Norte del Binh-Dinh (según dice los anamitas), y en las grutas inmensas y curiosísimas que atraviesa el río Gianh para entrar en Anam. Como las inscripciones cuneiformes de Mesopotamia, frecuentemente tienen por objeto, cuando hablan de historia, la alabanza del devoto potentado que las mandó grabar. Las fechas que dan á los sucesos son extraordinariamente fabulosas. Una de ellas hace remontar á 1.780,500 años la erección en el Khan-Hoa del primer templo cham. Su veracidad, como se comprende, es en alto grado sospechosa.

Los anales chinos y anamitas carecen también con frecuencia de precisión y claridad. Ceden más de una vez á la vanidad nacional de amplificar las victorias y de disimular hábilmente las derrotas. No obstante, su sincronismo bien comprendido arroja mucha luz sobre el tenebroso fárrago de la epigrafía y de las tradiciones chames.

Un breve análisis de estos diversos documentos será suficiente, como preliminar, á este modesto trabajo, que tiene por objeto el estado actual y sobre todo las supersticiones de los chames, más bien que su pasado.

SU PASADO

La lengua, la religión y la civilización de los chames no dejan lugar á duda sobre su origen indio. Venidos por tierra del Oeste, ó por mar de una de las islas orientales de la Sonda, ocuparon primitivamente el delta del Mekong, donde se asimilaron la población autóctona. Mas tarde sus hermanos, los khmeres, los arrojaron de estos fértiles países. Entonces se dirigieron hacia el Nordeste y se implantaron sólidamente en los límites actuales

(1) Más bien *tiames* en la pronunciación.



LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA. (Pág. 348)

del Anam. Así se fundó el reino conocido con el nombre de Xiem-Ba por los anamitas, y de Cyampa por los exploradores, los misioneros y los geógrafos europeos anteriores al siglo XIX.

Si como quieren los eruditos, su dominación se extendió aun sobre el Tunkín y la China Meridional, fué muy efímera, pues no cabe duda que, al principio de nuestra era, su imperio no traspasó la frontera Norte del Thanh-Hoa (provincia la más septentrional del Anam). Mas allá nada se halla de positivo en los documentos históricos. Solamente en el siglo IV los anales chinos señalan una prolongada lucha entre el imperio del Medio y los habitantes del Lam-Ap (región de los bosques). Créese que se trata de los chames. En todo

quistar su libertad, impaciente por llevar á otra parte su exceso de población, dirigió toda su actividad guerrera contra el vecino que le cerraba el camino del Sur, único abierto á su expansión. Debía ser éste un duelo sin cuartel que sólo terminaría con el exterminio á que hoy asistimos de uno de los adversarios.

Como la lucha precedente, ésta no fué para los infelices chames sino una serie de reveses seguida de una serie de desmembramientos. Dos veces únicamente, parece haberse interrumpido su prolongada agonía con algunos triunfos pasajeros que le permitieron llevar la guerra hasta el país enemigo.

A la mitad del siglo XVII no les quedaba más que el estrecho y arenoso Binh-Thuan. Y aun los emigran-



COCHINCHINA. — Gobernador con su séquito llevando las insignias de su dignidad

caso no tuvieron que registrar sino derrotas seguidas de matanzas, saqueos y cautiverio.

Durante este período, á mediados del siglo VIII, las costas meridionales del Cyampa fueron repetidas veces atacadas por ejércitos procedentes de Java, y compuestos, dicen las inscripciones, de hombres «extremadamente flacos y negros.» Tal vez en esta época ocurrió la conversión forzada de parte de los chames á la doctrina de Mahoma.

Hacia la mitad del siglo X sobrevino un suceso de suma importancia para la historia de estos países. Los anamitas se sublevaron de nuevo en masa, y después de treinta años de encarnizada lucha sacudieron definitivamente el yugo tiránico de los chinos. Era un enemigo implacable que surgía en la frontera del Cyampa. Fiero y ardiente como todo pueblo que acaba de con-

tes anamitas, apoyados por sus Autoridades, no tardaron en arrojarles poco á poco de sus pesquerías y de las tierras fértiles para rechazarlos hacia las montañas. En 1735 á sus reyes los considera la corte de Hué como simples funcionarios, y desde 1822 no tienen más que jefes de provincia sin poderes.

Estas prolongadas guerras debieron ser sumamente mortíferas para los vencidos, pues de toda una nación sólo quedan hoy, tanto en Binh-Thuan como en Camboja, ciento treinta mil supervivientes. Parece, con todo, verosímil que el Anam no empleó siempre la violencia armada, y que, ya en aquellos remotos tiempos, ponía en práctica un sistema de conquistas que le es habitual hoy día en sus usurpaciones en la frontera de los salvajes, y que no deja de tener analogía con el proceder acostumbrado de la Roma invasora. Todo *castrum* ro-

mano fundado en país enemigo, al mismo tiempo que guardaba el imperio contra los bárbaros, pronto se convertía en centro de población y de un municipio. Era una toma de posesión casi sin lucha. El Gobierno anamita, más equitativo, se contenta con proteger de lejos á aquellos de sus súbditos (no siempre los más recomendables) que se establecen entre sus vecinos extranjeros. A la larga, si el terreno es fértil, se forma una, y después tres ó cuatro villas, y el país queda ocupado. Si es malsano, lo truecan en penitenciaría, lo que dista mucho de perjudicar al desarrollo de la población. Cada aglomeración se constituye en municipio. Un *mandarinot* cualquiera acude de vez en cuando á administrar justicia. Al cabo de treinta ó cincuenta años, S. M. otorga paternalmente un jefe de cantón á esa nueva porción de su pueblo muy amado, y pronto, multiplicándose los cantones, se les agrupa en prefectura.

Como sus colegas de otro tiempo y del actual en el Extremo Oriente, los antiguos reyes del Cyampa «procedían del cielo y al cielo volvían,» al cabo de un reinado más ó menos largo. Todos eran santos por naturaleza y de derecho, sin que fuese necesario, como en Roma, un decreto de apoteosis expedido por el Senado. Sin embargo, al elevarles al trono, el cielo les proporcionaba un consejero, hombre de la tierra, lleno de sabiduría y de prudencia, y dotado del don maravilloso de penetrar infaliblemente los pensamientos de cuantos se acercaban á S. M. «Así, dicen todavía los chames, nadie se atreve á mentir ante el rey, en la convicción de que sería descubierto y castigado.» La autoridad de estos hijos celestes no conocía límites en materia religiosa ni civil. Los potentados paganos nunca comprendieron ni practicaron de otra manera su poder absoluto.

Esta autocracia debía ser considerablemente suavizada por una bondad de conveniencia de que raras veces los monarcas asiáticos se atreven á despojarse, y que procede de su título, verdaderamente conmovedor si no fuese harto ambicioso, de «padre y madre del pueblo.» Su mayor crimen consiste con frecuencia en contentarse con reinar y gozar, dejando la gobernación efectiva á ministros indignos.

Numerosos secretarios inscribían con exatitud los menores actos de este fetique humano, notando minuciosamente la hora, el día y el número para edificación de las futuras generaciones.

La leyenda se ha apoderado de la historia de estos monarcas divinizados, y frecuentemente los ha confundido con las divinidades mismas en aventuras fantásticas é interminables que nada importa conocer.

CARTAGO

NECRÓPOLIS PÚNICA DE LA COLINA DE SAN LUÍS

POR EL P. DELATTRE, DE LOS MISIONEROS DE ARGEL

VIII.—Excavaciones practicadas en 1892 y 1893

DESPUÉS de haber hallado en la arista misma de la colina, cámaras funerarias no conteniendo vestigios de argamasa ni inscripciones, ni monedas, ni vasos griegos, descubrimos tumbas en las cuales el mo-

biliario fúnebre de fabricación local ó de origen egipcio, se completa, y á veces se reemplaza, con vasijas y figuritas de importación griega. Por último, las monedas, al principio totalmente ausentes, muéstranse en número considerable.

Una huesa de inhumación común en la cual descansan centenares de cartagineses, nos ha suministrado tantas monedas como esqueletos hemos exhumado.

El estado de las excavaciones permite ahora, además del descubrimiento y estudio de las sepulturas cartaginesas, reconocer las diferentes construcciones que en diversas épocas, han ocupado el emplazamiento de la necrópolis púnica.

A fin de proceder con orden, hablaré primero de las construcciones sucesivas halladas en nuestra espaciosa zanja, y que diferentes veces ha tenido que atravesar para llegar al suelo primitivo de la colina y entrar en las tumbas de la primitiva necrópolis.

Véase su nomenclatura:

- 1.º Cementerio musulmán de la edad media.
- 2.º Casa bizantina.
- 3.º Cisternas romanas.
- 4.º Vía romana.
- 5.º Muro de fortificación.
- 6.º Serie de ábsides.
- 7.º Necrópolis púnica.

En la página 280 hemos dado un plano que podrá servir de guía al lector.

1.º Cementerio musulmán

Lo menos antiguo que hemos hallado en nuestras excavaciones es un grupo de sepulturas árabes. Este cementerio pequeño contenía una veintena de tumbas ocupando un espacio de siete metros de longitud por cuatro y veinticinco centímetros de ancho, rodeado de muros que son muy anteriores á las tumbas, pues pertenecen á la época bizantina.

Cuando los musulmanes eligieron este emplazamiento para inhumar á sus muertos, hallaron un recinto dispuesto en una sala semiarruinada y en parte obstruida cuyos muros sobresalían del suelo. Más tarde las tierras procedentes de la cumbre de la colina acabaron por sepultar las tumbas árabes y las ruínas de la casa bizantina. (*V. los grabados de las págs. 341 y 345*).

Las sepulturas, aunque sencillas, son de un trabajo muy esmerado. Presentan una forma particular que apenas se encuentra en la regencia de Túnez: algunos árabes y europeos me han afirmado haber visto otras semejantes en Turquía y Tripolitana.

Cada una de las tumbas se compone de una losa horizontal, angosta, de la longitud del cuerpo que cubría. La superficie de esta losa sostiene una segunda, que se levanta en ángulo recto en el sentido de la longitud. (*V. el grabado de la pág. 345*).

Algunos de estas tumbas son de mármol blanco y de labor más exquisita que las otras. Las mejor conservadas han sido transportadas al jardín-museo de San Luís.

Debajo de estas tumbas el cuerpo del difunto descansaba próximamente á un metro de profundidad en un terreno lleno de escombros, un poco más arriba del mo-

saico que debía enlosar esta sala, como las piezas contiguas que han sido completamente barridas.

Hemos dejado intactas en su sitio cierto número de estas tumbas que no remontan más allá de la Edad media.

2.º Casa bizantina

La sala semiarruinada en la cual los árabes han inhumado sus muertos, formaba parte de un edificio asaz considerable cuyos muros en ciertos sitios están todavía en pie á la altura de más de cuatro metros. (*V. el grabado, pág. 341*).

La hemos llamado *Casa bizantina*.

Esta construcción (*V. el plano, pág. 280*) está formada de tres cuerpos de edificio rodeando un patio rectangular de catorce metros setenta centímetros de lado, con pavimento de losas que cubren una cisterna. Otra cisterna ocupa el centro de un segundo patio, de nivel algo más alto, pero pequeño.

La sala de las tumbas árabes, con otra contigua, está separada del patio por una especie de corredor con pavimento de mosaico, de más de diecisiete metros de largo, por tres metros treinta y cinco centímetros de ancho, y termina en un ábside cuya bóveda, bien conservada, contiene restos de mosaico.

Toda esta porción del edificio, salas y corredor, se encuentra á la izquierda del patio central, dos escalones más alto. A la derecha hemos reconocido la existencia de otras construcciones correlativas. Mas nosotros nos hemos contentado con averiguar su presencia, sin proseguir por aquel lado las excavaciones, por ser nuestro objeto principal la investigación de las tumbas púnicas.

En el fondo del patio, donde el suelo se levanta más de un metro, la casa estaba dividida en varios departamentos.

Las excavaciones han puesto al descubierto muchos trozos de columnas de mármol; bellas columnitas de mármol blanco, intactas, con su capitel y su basa; otros capiteles de ónix y pilastras adornadas con estrías; gran cantidad de placas de mármol de todo color. Citaré, entre otros, dos discos de pórfido, uno verde, y rojo el otro, midiendo cada uno cincuenta centímetros de diámetro. Recogieron asimismo delgadas tablillas de mármol finamente talladas.

El número de fragmentos de mosaico hallados en los escombros fué tan considerable como el de los mármoles. Entre estos trozos pudimos reconocer una hermosa cabeza de mujer, de tamaño natural, dos mascarillas de teatro, una cabeza de vaca, las patas y la crin de un león, serpientes, peces y aves, y por último un surtidor, guirnaldas y cestas de flores, series de arcadas, imbricaciones multicolores y porciones de orlas formadas de medallones alternativamente cuadrados y ovales.

De las excavaciones han salido fragmentos de una inscripción monumental grabada en grandes caracteres sobre fajas de mármol blanco, de cuarenta centímetros de ancho por noventa de largo, junto con otros fragmentos epigráficos. Mas de este texto truncado nada se saca en limpio acerca el destino de esta rica habitación.

Al terminar la descripción de lo que concierne á esta

construcción bizantina, citaré como objetos hallados entre los escombros una bella cabeza de Minerva en mármol blanco, dos morteros de piedra negra, una hebilla de cobre, adornada al cincel y con un monograma bizantino; además dos llaves, una de hierro y otra de bronce cincelado como la hebilla, y por último, lámparas judaicas y gran número de lámparas cristianas.

Dos asas de lámparas merecen especial mención. Una de ellas es un disco adornado con el monograma de Cristo junto al alfa y la omega. En nuestra colección de más de un millar de lámparas cristianas, ninguna nos había presentado aún el monograma constantiniano acompañado de las dos letras simbólicas.

La otra asa ofrece la forma de un pez teniendo al lado un pececillo marcado en hueco. Es el emblema de Jesucristo (ΙΧΘΥΣ) llevando á los fieles (*pisciculis*).

Debo añadir que el muro del fondo de esta casa conserva las huellas de la acción de un poderoso fuego que coció y como vitrificó las junturas de mortero, y que restos de muros romanos fueron utilizados en el plano de dicha *casa bizantina*.

Otro descubrimiento, que merece consignarse, es el de un hueso enorme que parece no puede provenir sino del esqueleto de una ballena. Una capa de tierra, de dos metros cincuenta centímetros, cubría este resto de coloso marino.

En el lugar donde le hallamos, este hueso medía más de un metro de longitud, de setenta á ochenta centímetros de longitud, y treinta de grueso. Su forma era vagamente la de un homoplato, pero más bien elíptica que triangular. Una de las caras era ligeramente cóncava, y la extremidad de este hueso enorme se componía de una parte semiesférica en resalto, midiendo cerca de veinte centímetros de diámetro, al lado de una parte cóncava de igual forma y dimensión. Esta extremidad era probablemente el punto de unión del hueso con el resto del esqueleto.

Por desdicha esta pieza, á pesar de todas las precauciones, no pudo ser extraída del suelo sin caer en pedazos de excesiva fragilidad y desmenuzándose al menor contacto. La mayor parte de estos pedazos son esponjosos y ligeros como el musgo.

Otro fragmento ofrece una particularidad que permitirá sin duda determinar si realmente hemos hallado los restos de una ballena. Su forma es la de una gruesa esponja. Es frágil como un ligero bizcocho. En el centro está atravesado por un canal de cinco centímetros de diámetro, de paredes blancas y compactas, que penetra el hueso disminuyendo de dimensión, y luego se bifurca.

Un médico de la marina militar, que ha examinado este hueso, cree que corresponde al aparato auditivo.

Por fin, un tercer pedazo, tenue, blanco y compacto, parécese á la greda.

Hasta que se pruebe lo contrario, creemos haber hallado los restos de un esqueleto de ballena.

Ahora se preguntará cómo estos restos de ballena pudieron ser transportados á la colina de San Luís.

Su descubrimiento sobre las ruínas romanas y bizantinas indica que fueron arrojados ó depositados en este sitio durante ó después de la destrucción de Cartago por los musulmanes.

Ahora bien, sabemos por San Agustín, en una carta

que en 408 escribió á Deogracias, que en aquella época conservábase y mostrábase en Cartago el esqueleto de un monstruo marino que era sin duda una ballena, pues á propósito de la permanencia de Jonás en el vientre de la ballena cita este hecho: «Sin hablar, dice, de lo que refieren los testigos de la grandeza de estos monstruos marinos, ha podido juzgarse, por las costillas colosales expuestas al público, en Cartago, cuántos hombres podía contener el vientre de este monstruo, y cuán grande debía ser la abertura de su boca, casi semejante á una puerta de entrada á esta especie de caverna.» ¿Sería temerario, después de tal testimonio, creer que los huesos enormes hallados en nuestras excavaciones, pertenecieron á la *ballena marina* de que habla San Agustín? Puede presumirse que este esqueleto gigantesco se conservaba en el Capitolio, y que desde allí sus restos fueron dispersos y arrojados á las pendientes de la colina, en el tiempo ó después de la destrucción de la ciudad.

En cuanto al suceso de Jonás, todo el mundo sabe que la embarcación que le conducía hacía vela para Tarsis, ciudad que se supone situada en el Mediterráneo. Los Setenta, San Jerónimo y Teodoreto creen que esta ciudad no era otra que Cartago, opinión que comparte en la Edad media un geógrafo árabe, que dice que el antiguo nombre de Túnez era Tarquida. Sea como fuere, la escena de Jonás vomitado por el monstruo marino, hállase á menudo en las lámparas cristianas de Cartago, y en los ladrillos de tierra cocida de Túnez, de los que pueden verse ejemplares en el Museo de San Luís.

PROGRESOS DEL CATOLICISMO

No hay que negarlo, aun en los países más protestantes se está verificando un cambio saludable hacia la tan aborrecida Roma, y lo que es más, se están multiplicando casi á diario las conversiones. Díganlo sino Holanda, Inglaterra y Alemania.

Con respecto á Holanda las cosas han cambiado considerablemente en estos últimos años. No deja de llamar la atención el hecho de que, entre los ocho guardianes de la joven Reina, tres son católicos. Católicos también son el ministro de la Guerra, general Schneider, y el inspector general de la Artillería, coronel Bergansius. En muchos distritos, cuya población es en su grandísima mayoría protestante, han sido elegidos candidatos católicos para representarlos, ya en el Senado, ya en la Cámara, así en los Consejos provinciales, como en los Consejos municipales. A más de que, si en las provincias esencialmente católicas, como lo son Brabante y Limburgo, los oficiales del Gobierno eran todos protestantes, ahora esos mismos son casi todos católicos.

No es extraño, pues, que en vista de tales hechos den el grito de alarma los luteranos más fanáticos. Y he aquí cómo se expresaba últimamente el capellán de la *Free Community* en Amsterdam:

«La Iglesia católica, decía, está ganando laureles que llenan de ansiedad á los jefes de la Iglesia libre. La Asociación Católico-Popular, la Liga de Agriculto-

res, la Sociedad de Jóvenes católicos, están haciendo todos los esfuerzos para precaver á los suyos de todo influjo heretical.»

Con ese motivo deploraba el señor ministro la apatía de sus correligionarios en no atajar el movimiento de conversiones al Catolicismo. Sin embargo, su fanatismo no le llevaba hasta el grado de negar el gran bien que está haciendo la Iglesia católica en Holanda por medio de sus Jesuitas, sus sacerdotes, sus Hermanas, sus escuelas, sus hospitales y sus Misiones.

De Holanda pasemos á Inglaterra, y veamos lo que dice el periodista Mr. Gambier, en un estudio que ha escrito sobre los progresos del Catolicismo en la antigua Isla de los Santos. Dice así:

«No hay un país en el mundo donde el poder del Papado crezca más rápidamente que entre nosotros: la causa de ello está seguramente en la carencia de disciplina (*¿y no más?*) en las Iglesias protestantes inglesas, y sobre todo en la que lleva por título Iglesia de Inglaterra. Es cosa sabida, en efecto, el gran desacuerdo que reina entre el clero de dicha Iglesia, de modo que unos pastores pueden servirla y llamarse anglicanos, aun sosteniendo *opiniones* radicalmente contrarias, mientras que la disciplina (*¿y dale con la disciplina!*) de la Iglesia católica es perfecta. No puede uno hacerse una idea de la rapidez con que el Catolicismo se extiende día por día en Londres, no sólo gracias á la actividad de los sacerdotes, sino también debido á la energía y celo de los laicos.»

Y prosigue así ese bueno de Mr. Gambier:

«Hay otras causas aún que parecen favorecer este movimiento; primero el *Home Rule* en Irlanda (!) y el establecimiento en Dublín de una Universidad católica; luego el *disestablishment* de la Iglesia de Inglaterra en todas las partes del reino; en fin, la falta en nuestras escuelas de toda instrucción religiosa, la cual deja sin resistencia, contra las *seducciones* de la propaganda católica, á nuestras jóvenes generaciones. Tales son las razones *principales* que ya han hecho ganar tanto terreno entre nosotros á la Iglesia romana. El momento se acerca en que veremos formarse un partido católico cuya importancia no tardará en dibujarse. En adelante, nada podrá impedir que los católicos lleguen á ser una potencia en Inglaterra.»

Sea de esto lo que fuere, y valgan lo que valieren las razones explicativas del Sr. Gambier, el hecho de los grandes progresos del Catolicismo en Inglaterra es innegable, y en ello convienen amigos y enemigos. De veras que el dedo de Dios está ahí, y por ende, si acariciamos aún mejores esperanzas para el porvenir, nadie nos podrá tildar de necios ó de ilusionados.

Con respecto al Catolicismo en Alemania, todos saben la importancia que está tomando de día en día, á pesar de las restricciones que le está poniendo á cada paso el luteranismo oficial, el cual, sin embargo, sigue andando de capa caída, así como lo hacía notar no ha mucho la *Volkszeitung* de Colonia: «Somos protestantes, decía, desde hace tres siglos, y no se puede creer que hayan desaparecido todas las tradiciones católicas, ó que nada nos recuerde aún á nuestros antepasados católicos. Este recuerdo histórico es un recuerdo importante; es una voz interior que nos habla tanto más

alto, cuanto que en nuestra casa no vemos más que ruinas. Si tuviésemos aún una fe ardiente y firme, poco nos importaría de Roma y de los Jesuitas; mas la fe se ha ido, y ya no vuelve.»

A tan significativas palabras, plácenos añadir un testimonio del Sr. Harnack que es considerado en Alemania el teólogo protestante de más nombradía. Pues bien, ese gran teólogo confiesa sin ambages ni rodeos que aquellos de sus correligionarios que no quieren acabar con el más puro racionalismo, caminan insensiblemente hacia el Catolicismo, de cuyas ventajas dice lo siguiente:

«El Catolicismo romano tiene el Papa, tiene los Santos, tiene los monjes... La tendencia monástica á formar Santos, la abnegación de sí mismo, el desprecio del mundo, y la piedad que se hallan y florecen en la Iglesia católica, constituyen una barrera poderosa contra el espíritu mundanal y el *formalismo* que nosotros no poseemos. Por otra parte, en el Papado se encuentra el poder de adaptarse á las circunstancias, la autoridad personal opuesta á la mera autoridad de la letra, y la libre convicción de que la Iglesia de Dios no debe ser gobernada por palabras muertas, sino por hombres vivos guiados por el espíritu de Dios.»

¡Magnífico elogio del supremo magisterio de la Iglesia católica y de lo que, junto con ese divino magisterio, hace que el Catolicismo alcance los nobles ideales que ha propuesto á su Iglesia el Hombre-Dios! ¡Y ese elogio sale de los labios de un enemigo cual es el señor profesor Harnack!

¡Qué triunfo, pues, para la Iglesia católica en Alemania, el contar con tal panegirista de sus méritos, y con tal testigo de lo mucho que ella está ganando aún entre las filas de los disidentes!

LAS MISIONES FRANCISCANAS EN CHINA

DE los documentos oficiales relativos á los frutos espirituales con que el Señor se dignó coronar los trabajos de los misioneros Franciscanos de China en los años 1895 y 1896, copiamos lo siguiente:

Vicariato de Hu-pé Occiduo Septentrional. Existen 9,681 católicos inscritos en los Registros oficiales, 128 cristiandades, 50 iglesias, 20 escuelas, un Seminario y un colegio con 349 alumnos entre todos estos establecimientos; varias casas de beneficencia, 26 Terciarias franciscanas y 20 misioneros, los cuales administraron 19,658 confesiones, 19,578 Comuniones, predicaron 3,722 sermones, y bautizaron 4,833 personas, auxiliados por la Obra de la Santa Infancia.

Vicariato de Hu-Nan Meridional. Cristianos 5,670; cristiandades, 63; iglesias, 48; varias escuelas y casas de beneficencia; Terciarias franciscanas indígenas, 16; misioneros, 14, los cuales predicaron 2,324 sermones, y administraron 13,479 confesiones, 13,902 Comuniones y 2,050 bautismos.

Vicariato de Hu-pé Oriental. Cristianos, 15,868; cristiandades, 234; iglesias, 74; alumnos de Seminario, colegio y escuelas, 1,037; misioneros 31, los cuales administraron 31,376 confesiones, 40,453 Comuniones, 5,416 bautismos, y predicaron 8,919 sermones.



SANTO DOMINGO DE GUZMÁN. (Pág. 358)

Vicariato de Hu-pé Occiduo-Meridional. Cristianos, 4,913; cristiandades, 62; iglesias, 33; alumnos del Seminario y escuelas, 400; misioneros, 21, los cuales predicaron 4,171 sermones, y administraron 14,984 confesiones, 17,753 Comuniones y 1,479 bautismos.

Vicariato de Chang-tong Oriental. Cristianos, 7,477; cristiandades, 125; iglesias, 57; escuelas, 25, con 271 alumnos; 1 Seminario con 10 alumnos; 1 colegio con 24 alumnos; misioneros, 12, los cuales administraron 9,548 confesiones, 9,388 Comuniones y 1,366 bautismos.

Vicariato apostólico de Chan-si Meridional. Hay 8,310 cristianos, 162 cristiandades, 1,801 catecúmenos, 20 iglesias, 51 capillas, 19 Religiosos, 16 seminaristas, 72 maestros de ambos sexos, 36 catequistas, 1,155 niños de ambos sexos se educan en las escuelas, se han bautizado 228 adultos y 312 niños de padres cristianos. Se han confesado 5,672 en las Misiones y 16,381 por devoción, habiéndose administrado 22,242 Comuniones, y predicado 3,467 sermones y pláticas á los fieles y 5,796 á los paganos.

Vicariato apostólico de Chan-Tong Septentrional. La Misión consta de doce millones de habitantes, entre los que se cuentan 14,898 católicos y 2,620 catecúmenos. Hay 23 misioneros con 6 estaciones residenciadas y 258 que visitaron los misioneros. Hay 182 iglesias y capillas, 2 Seminarios con 22 alumnos en el pequeño y 9 en el gran Seminario. Las escuelas de ambos sexos son 77 con 1,849 niños y niñas. Hay 4 asilos de beneficencia, 1 para 48 niños, y 3 para 260 niñas. Entre las familias cristianas se mantienen 777 niños de pecho. Catequistas de ambos sexos hay 463, y 48 se dedican á bautizar niños de infieles. Al cuidado de 58 huérfanos hay Hermanas Terceras Franciscanas. Cuenta el vicariato 316 cristiandades. Se han bautizado 718 niños y niñas, 289 adultos y 18,235 niños de infieles en peligro de muerte. Confesiones anuales 10,130 y de devoción 13,772.

La Santa Infancia libra anualmente de las manos de los infieles gran número de niños, y los conquista para Jesucristo. ¡Que Dios bendiga de una manera especial á estos santos misioneros que con tanto celo ejercen el apostolado!

POSESIONES DEL GOLFO DE GUINEA

CONSTÁNDONOS que dos Sociedades españolas gestionan la adquisición de terrenos en Fernando Poo para abrirlos á explotación y cultivo en grande escala, juzgamos de oportunidad los datos que nos envía el reverendísimo Padre Prefecto de las Misiones del Golfo Guinea, en demostración de que no es pura y exclusivamente el bien espiritual de aquellos indígenas lo que anhelan nuestros misioneros, sino también el desarrollo material de la colonia española. Vean nuestros lectores el porvenir que ofrecen en materia de producción las posesiones de Fernando Poo y sus dependencias.

Fernando Poo.—Esta isla se presta á diversidad de productos, según las zonas. Las bajas, ó sean cercanas al nivel del mar, son muy buenas para el cacao y café de Liberia, con tal que no carezcan de ventilación. El

cacao, con la condición dicha, se da bien hasta la altura de trescientos metros; el café más arriba de cien metros, por razón de la humedad, se pierde antes de madurar en una proporción de 20 por 100 ó más. El *tabaco* es mejor y más fuerte en las alturas que en las zonas bajas, en igualdad de circunstancias, aunque la planta crece igualmente en una y otra zona. Del *arroz* hay pocos ensayos; sin embargo, en el pasado año ha obtenido una abundante cosecha D. Nacimiento Brusaca en su finca de Punta Europa, á una altura de unos veinticinco metros sobre el nivel del mar. Las hortalizas como escarola, col, lechuga y habichuelas, se dan también en la zonas bajas. En las altas, no obstante, como en Concepción (300 metros), las hemos obtenido mejores. ¿Que diremos del *ganado*? Hay en Fernando Poo planicies inmensas, ricas en pastos para ganado tanto lanar como vacuno. No hay más que ir á Moka, ó subir á Oloitia. Mas esta riqueza que tan necesaria se hace por otra parte en esta colina, no se ha explotado, si bien Baiba y Romera, que tienen sus potreros á una altura de 400 metros, no descuidan este ramo. Las zonas bajas son poco á propósito para el ganado, el cual en tiempo de lluvia se pone sucio y cojo á causa de la humedad y no da resultados.

Corisco.—Esta isla no sirve para café y cacao, por ser muy arenosa. En cambio el ganado lanar prospera allí admirablemente, así como las hortalizas, incluso el tomate, que crece y se da como en la Península. A esto está llamada á nuestro parecer aquella isla, al ganado y hortalizas.

Elobey Grande y Chico.—Proporcionalmente debe decirse lo mismo que de Corisco, solamente que en Corisco habría necesidad de cercar las fincas de yuca de los indígenas, y en Elobey habría que defender el ganado de las culebras enormes que allí existen, las cuales, si estuviera roturado el bosque, no abundarían tanto.

Annobón.—A pesar de ser tan pedregosa esta isla, á poderse lograr actividad en sus habitantes, conseguiríase también que pudiesen vivir holgadamente. Si en lugar de dedicarse exclusivamente al cultivo de la yuca y á la pesca tomaran á pechos la *cría del ganado lanar* y el cultivo del *tabaco*, obtendrían excelentes resultados, y podría ser Annobón una grande ayuda para la colonia. El *tabaco*, sin embargo, sólo podría crecer en la época de lluvias; pero en igualdad de cultivo es mucho mejor que el de Fernando Poo en fortaleza y aroma, si bien no se desarrolla tanto la hoja. Para el *ganado* se haría necesario abrir pozos, pues de otro modo en tiempo de seca se morirían las ovejas de sed. Una dificultad se ofrece para el ganado tanto vacuno como lanar, y es la falta de pastores. A pesar de ser un oficio tan descansado, no se halla entre estos morenos quien quiera ejercerlo, y con igual sueldo prefieren chapear que apacentar ganado.

En Cabo de San Juan y la parte de continente que nos disputan los franceses, no podría esperarse resultado del cacao, sino en algunos parajes donde hay la capa suficiente de tierra para el cultivo de este artículo. Más probabilidad hay que daría buen resultado el café silvestre de Fernando Poo. Por de pronto, lo mejor en Cabo de San Juan sería explotar la riqueza de madera que allí se halla.—(*El Iris de paz*).

MONSEÑOR CONDRIN

FUNDADOR DE LA CONGREGACIÓN DE MISIONEROS DE PICPUS



PEDRO José Condrin nació en Coussay-les-Bois, departamento de Vienne, en 1.º de Marzo de 1768, de familia humilde y cristiana de labradores, que se consideró muy honrada con dar al clero francés uno de sus hijos. Estudió en el Seminario de Poitiers; mas acercándose la época de la sangrienta Revolución francesa, hubo de recibir las órdenes sagradas y el presbiterado, con dispensa del título de patrimonio (porque su familia se había arruinado completamente), casi de oculto, pared por medio de un club revolucionario en la biblioteca de un colegio de irlandeses. En Coussay-les-Bois fué coadjutor del párroco de su pueblo natal; pero perseguido allí también por el mero título de sacerdote, se refugió en el castillo de la Mothe d'Usseau, propio de la familia de Viard.

Allí vivió mucho tiempo en un granero, donde concibió el proyecto de fundar una Congregación en honor de los Sagrados Corazones de Jesús y María para adorar al Santísimo Sacramento y sostener Misiones. Saliendo de aquel retiro, en vista de que la sociedad y la Iglesia necesitaba de la cooperación de todos los fieles, y mucho más del sacerdocio, disfrazando su traje y su nombre con el de *Marche-à-terre* y Jerónimo, predicó á los fanatizados pueblos la verdadera Religión. Esta época de su vida registra extraordinarias aventuras.

Iba disfrazado de obrero en un carruaje con un sicario de la Revolución. Desconfiando éste del pretendido operario, le preguntó en qué talleres trabajaba, y Condrin le contestó que en los de *Rabbi*, es decir, en los del Señor. «No le conozco,» respondió el revolucionario. Pero como no entendía la significación de la palabra hebrea se dió por satisfecho, y el ejemplar sacerdote salvó entonces su preciosa vida, como en otra ocasión en que se hizo huésped de un soldado de la bandera tricolor, bendiciendo su casa por aquel acto de caridad que le inspiraba el ministro evangélico.

Ayudado de la Srita. Enriqueta Aymer de la Chevalerie, puso los cimientos de su Congregación de Misioneros, abriendo la primera casa en Poitiers, calle de *Hautes-Treilles*, viendo aprobadas las Constituciones en 17 de Octubre de 1800. Ayudóle mucho Mons. Chabot, obispo de Saint-Claude, que le había nombrado su vicario general en Mende. Cuando el Papa Pío VII residió en Francia, predicó Condrin el sermón en una solemne Misa que celebró Su Santidad en la iglesia de San Roque, de París, el 30 de Diciembre de 1804.

Monseñor Chabot se indispuso por justas causas con el Gobierno de Napoleón I. Exigióle éste que depusiese á su vicario; no quiso hacerlo el Obispo, renunció la mitra y siguió viviendo con su buen amigo y cooperando al sostenimiento de su Instituto, que, con el auxilio de la Divina Providencia, florecía visiblemente y aumentaba el número de sus casas con la de monseñor Seez y últimamente con la de Picpus, que había de darle un nombre popularísimo en Francia. En esta iglesia le fué dada á Condrin la devota imagen de Nuestra Se-

ñora de la Paz, que había pertenecido á la antigua y noble familia de Joyeuse y, como en nuestra España en tiempo de los moros, habíase ocultado para salvarla de los atentados de la Revolución. En 10 de Enero de 1817 Su Santidad aprobaba solemnísimamente por una Bula los Estatutos de la nueva Orden; ésta admitía á muchos irlandeses ilustres, entre otros á Higgis, que después fué obispo, y en Septiembre del año 1819 recibía Condrin el nombramiento de superior general perpetuo de la Congregación.

Posteriormente fué nombrado vicario general de Troyes por monseñor de Coulogne y también de Tours. En 1825 recibió el título de Prelado romano; asistió como conclaveista con su Obispo á la elección de Pío VIII.

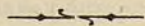
Acercándose la Revolución de 1830 tuvieron mucho que sufrir la Congregación y su venerable Fundador. Uno de los discípulos de Condrin, Ronchouse, consagrado obispo de Nilópolis, fué elegido vicario apostólico de la Polinesia Oriental, y habiendo naufragado el buque *José María* en que viajaba, se cree que fué sacrificado y devorado por los salvajes. Un anillo pastoral encontrando en poder de éstos dió cuenta de aquella tragedia, como una cruz de San Luis hallada en análogas circunstancias dió fe de la fatal conclusión del viaje de La Peyrouse en la inhospitalaria Oceanía.

La muerte del Fundador de Picpus se acercaba y, sin embargo, no abandonaba el púlpito ni el confesonario. En la Semana Santa del último año de su vida dirigió los ejercicios espirituales, llegando á predecir su muerte, pues en el último sermón anunció que no vería la próxima Pascua. Tenía sesenta y nueve años en 27 de Marzo de 1837, cuando ocurrió su preciosa muerte, sucediéndole monseñor Pedro Bonamie en la dirección del Instituto.

Bajo este generalato se extendió por Bélgica, Chile y el Perú, sin abandonar las Misiones de la Oceanía, principalmente las de las islas Gambder y Sandwich, donde encontró predicadores metodistas.

En 1846, 1848, 1849 y 1850 fueron nuevos operarios evangélicos á las expresadas islas, donde en poco tiempo se convirtieron á la fe católica más de 30,000 salvajes, se erigieron 150 iglesias y otros tantos colegios para indígenas pobres.—(Del *M. C.*)

LA HOSPEDERÍA DEL GRAN SAN BERNARDO



ESTE benéfico asilo, levantado en el punto culminante del pasaje de su nombre, á 2,499 metros sobre el nivel del mar, en la garganta del monte Jeux, ha sido azotado por una avalancha, desprendida desde 400 metros más arriba, la cual ha derribado algunas ventanas, penetrado en el refectorio y causado viva alarma á los canónigos.

Esta hospedería, fundada en 963 por Bernando de Mentón y reconstruida en 1556 por causa de un incendio, está situada en territorio suizo, á 300 metros de la frontera italiana, á la orilla de un lago, entre dos elevados montes llamados la Chenalette y el Muerto, y es uno de los más maravillosos establecimientos que ha ideado la caridad cristiana sobre la tierra. Unos doce Religiosos de la Orden de San Agustín lo habitan todo

el año, y hospedan, alimentan y cuidan gratuitamente á los viajeros que atreviesan los Alpes para pasar desde el valle de Aosta al de Martigny. Un hospital que hay contiguo para cuidar á los viajeros que caen enfermos está servido también caritativamente por monjes Paúles.

Todo esto se hace necesario en aquellas alturas, cubiertas de nieve las tres cuartas partes del año, donde domina un frío riguroso y abundan tanto los peligros de aludes y ventiscas; la hospedería del Gran San Bernardo es para el viajero un verdadero puerto de salvación. Más de doscientas camas, buen albergue y abundante comida están á la disposición de los pasajeros. Antes de que fuese abierto el túnel de San Gotardo, había día en que llegaban á quinientos los asilados, y no bajaban de veinte mil, por término medio, los que durante el

perros de dos en dos, provistos de una botella llena de aguardiente, y si encuentran un niño que esté pasmado de frío, se lo cargan á cuestas, y si es un adulto al que no puedan llevarse, uno de los perros se queda y el otro va á dar aviso á la hospedería. Con el olfato conocen si una persona está sepultada entre la nieve, y se apresuran luego á desenterrarla.

Muchos han sido los Religiosos que han hallado la muerte en busca de viajeros perdidos por la montaña ó enterrados en vida por la avalancha; y todos reciben gran detrimento en su salud, viviendo constantemente en un clima tan frío. La temperatura media apenas si llega á cero, es la misma de Spitzberg. La pasión de la gloria, la fiebre de lo desconocido ó el amor de la ciencia, han movido á ciertos hombres á franquear aquellas montañas y permanecer allá algún tiempo, absortos en



TÚNEZ.—Torre de los cráneos en Gerbi. (Pág. 358)

año hallaban gratis albergue y comida en esta casa hospitalaria, sin que se haga el menor llamamiento á la generosidad del viajero, y eso que los gastos no bajan de sesenta mil francos al año. Hay, sí, en un rincón, una caja destinada á recoger las ofrendas; pero sucede que los que podrían pagar el gasto que ocasionan, apenas si pagan la mitad de lo que les costaría en otra posada. El viajero puede permanecer dos días en la casa cuando el camino está expedito; no se le pregunta su nombre ni su país, y se le dan tres comidas diarias.

No se contentan los canónigos de San Agustín con dar albergue á los viajeros, sino que recorren la montaña para salvar la vida á los que han caído ateridos por el frío ó sepultados bajo el alud. Tienen perros de noble raza adiestrados, llamados perros de San Bernardo, que les sirven de grandes auxiliares. Van los

la actividad de sus estudios ó en el logro de sus atrevidos proyectos, con el fin de alcanzar notoriedad; pero se necesita un móvil más elevado, una alma más grande, una fuerza sobrehumana para vivir pobre, oscuro y olvidado, como vive el canónigo de San Agustín, en aquellas ásperas soledades, donde ninguna clase de vegetación tiene vida, ni ningún animal puede aclimatarsé. Sólo la caridad cristiana puede ofrecer estos rasgos de heroísmo y santidad.

Tan mortíferos es el clima que aquellos Religiosos venise precisados, á los diez ó doce años, á abandonar el campo de sus conquistas, y retirarse enfermos á una casa que la Comunidad tiene en Martigny, á orillas del Ródano.

Ahora no son más que cuatro ó cinco mil los viajeros que al año pasan por la hospedería del Gran San Ber-

nado; los ferrocarriles atraviesan la cordillera Alpina por distintos lugares. Por el túnel de San Gotardo, que tiene una longitud de 15 kilómetros; por el del monte Cenís, que tiene 12 kilómetros, y por el de Alberg, que tiene 10.

En la perforación de estos túneles se tuvo que luchar con una dificultad no prevista por los ingenieros: con el calor. En la mitad de la galería del Cenís la temperatura alcanzó 30°, y en la del San Gotardo llegó hasta 36°, mientras que en las extremidades de estos túneles la temperatura media era de 3° bajo cero. Aquel calor anormal, á pesar de las más enérgicas ventilaciones, causó á los obreros la *hipoemia intertropical*, enfermedad sólo conocida en los climas cálidos. El obrero se consumía en poco tiempo; flaco, pálido y somnoliento, constantemente inundado de una transpiración que por falta de aire no podía evaporarse, y devorado por una sed inextinguible, no había organismo que pudiese aguantar mucho tiempo aquel ambiente bochornoso. Bastaba que un montañés, el más robusto, viviese algunos meses en el interior del túnel, para contraer los gérmenes de la enfermedad de los trópicos, y bajo la espesa capa de hielos y nieves que cubre los Alpes, el obrero tenía que trabajar desnudo, como el negro en el Ecuador. Y así se daba el extraño caso de que en la cordillera Alpina, donde todo al exterior revela el clima polar, el obrero se moría de calor.

CRÓNICA

India.—El corresponsal de la *St. James Gazette*, en la India, describe un episodio conmovedor de la peste bubónica que tantos estragos ha hecho en aquellas comarcas. La escena pasa en un hospital.

—¡Oh, si pudiéramos tener algunas enfermeras abnegadas y diestras! exclama el Doctor en jefe.

—¿Y cuántas quiere V.? pregunta un sacerdote que oye la exclamación del facultativo.

—Tantas como puedan venir, responde el discípulo de Esculapio.

—Usted las tendrá, replica el ministro de Jesucristo.

«En efecto, escribe el corresponsal, la mañana siguiente llegaron todas las Hermanas disponibles de un convento de la Merced que no está muy lejos de la villa. Yo mismo las he visto asistir y servir á los enfermos con una caridad, una ternura y una alegría que arrebatan y enternecen, sin reparar, por su puesto, en el riesgo que corren de contagiarse. Y mientras otros europeos huyen espantados en todas direcciones... estas nobles mujeres exponen su vida con heroica abnegación. Se las llama y son de veras Hermanas de la Merced.»

No es sólo en ese hospital á que nos referimos que nuestras Hermanas han obrado prodigios de valor y caridad. Mas ¿qué prodigio han obrado las esposas de los misioneros protestantes europeos que diz que están evangelizando á la India? El de huir con sus queridos consortes é hijos, y seguir huyendo.

Tierra del Fuego.—Una carta del explorador N. Otto. G. Nordenekjold, que acaba de regresar de una expedición á la Patagonia y Tierra del Fuego, contiene algunas verdades dignas de ser conocidas y que honrran á los misioneros Salesianos:

Allá en la Tierra del Fuego, la expedición científica de que se trata ha sido recibida como no se imaginaba, por los Salesianos, donde nadie se atreve á exponer su vida. Los Salesianos hacen allí una vida de sacrificios con tal de salvar los últimos restos de la barbarie, incorporándolos á la vida civilizada.

Con respecto á la tribu de los onas, dice el explorador á que nos referimos:

«He aprovechado todas las ocasiones que se me presentaban para conseguir datos é informes de la tribu fueguina de los onas. Esto es importante, porque las opiniones conocidas respecto á estos indios son muy encontradas, y muy pronto será demasiado tarde para estudiar esa raza. A mi juicio, existen en toda la isla cuanto más unos 1,500 á 2,000 onas, de los cuales solamente 500 están en territorio argentino, y este insignificante resto de la raza se extinguirá también pronto si no se hace nada para impedirlo. Los onas se ven perseguidos en todas partes por los colonizadores, y la única posibilidad de salvarlos consiste, á mi modo de ver, en la ayuda eficaz de parte del Gobierno y de los particulares á las Misiones salesianas, que en corto tiempo que hace se establecieron allí han conseguido muy buenos resultados, precisamente entre los indios. Los onas deberían ser internados en un territorio, bajo la vigilancia de los misioneros; y si entre ellos se cometiera algún crimen, debería castigarse solamente al culpable, y no llevarse afuera de la isla á toda la tribu, culpables é inocentes.»

Surigao (Filipinas).—El R. P. Francisco Nebot escribe desde Verdú:

«He bautizado en este pueblo á 16 párvulos y á 4 adultos, y casado á 3 parejas.

«Ha habido alguna mejora ó adelantamiento en las casas, y se ha construido durante el año una buena escuela de niñas.

«O yo mucho me equivoco, ó Verdú no solamente no se remontará, sino que vendrá á ser un buen pueblecito. Hay todavía mucho infiel en su afluente Sibagat, y también en los orígenes del mismo Uaua. Con el tiempo serán todos vecinos de Verdú. Algunos remontados que viven entre Verdú, Borbón y Las Navas, vendrán á Verdú, como vinieron ya el año pasado algunos y permanecen tranquilos y contentos en el pueblo. Hasta de la otra parte de la cordillera del Tago han de volver algunos. Su excapitán es padre del capitán José Gumbajan de las Nieves, el cual está ahora en Verdú aguardando á su hijo, enviado á Tago para hacer volver á su familia, que se huyeron allá en pasadas revueltas. De un mes ó dos á esta parte falta el alguacil primero con su mujer é hijos, que se han remontado por no sufrir el alguacil un castigo que le impuso el teniente primero. Que esta gente no es tan fácil de llevar que digamos. Acostumbrados á vivir sin rey ni roque que les mande, no se avienen fácilmente á que otro se les imponga: las palabras y amenazas no les hacen mella, y si se viene á las obras, ó se desquitan con sangrienta venganza, ó se marchan al monte donde nadie les incomode. Por eso no se logrará que sean formales estos pueblos hasta que esté completa la conquista, y no tengan á donde escaparse los rebeldes; pronto llegará ese día; así lo espero.

«Hemos recibido la estatua de San Pedro Claver, patrón del pueblo. No se la he entregado aún, porque aguardo á que arreglen el presbiterio de la iglesia: será ello pronto, porque les he dicho que de todos modos han de celebrar fiesta este año: no les he fijado el día, pero será, á no haber inconveniente, á principios de Noviembre.

«¡Qué lástima me dan los niños y niñas de este pueblo, tan despejados, tan atentos! Con no haber tenido apenas maestros en todo el año, están algo adelantaditos en Catecismo. Ruegue á Dios que ó cumplan bien los actuales ó encuentre pronto otros mejores.»

Noticias varias.—La reciente muerte en Arnheim, Holanda, del M. R. Alfonso Joosten, O. P., obispo titular de Marciana y vicario apostólico de Curaçao en las Indias holandesas, merece más que una mención pasajera. El difunto Prelado, que ha sido obispo durante nueve años, contrajo la terrible enfermedad de la lepra mientras estaba administrando el sacramento de la Confirmación á niños leprosos, y ha muerto después de un verdadero martirio de dos años. El Ilmo. Joosten es el primer Obispo que ha muerto como el P. Damián, y bien merece ser llamado mártir de la caridad.

—Habiendo llegado á conocimiento del R. P. Belloni, director del orfelinato salesiano de Belén, Palestina, la desgraciada condición á que han quedado reducidos muchos infelices niños que han perdido á sus padres en los trágicos sucesos de Armenia, pues vagan errantes, medio desnudos y muertos de hambre, y que si caen en manos de los turcos son vendidos hasta por cincuenta céntimos, se ha decidido á recoger el mayor número posible de ellos para sacarlos de su miserable estado y educarlos en los sanos principios de la Religión. Con este motivo el R. P. Belloni hace un llamamiento á la caridad de los católicos de todo el orbe para poder ensanchar el edificio del orfelinato, y extender así los beneficios de la educación cristiana á número mucho mayor de esas infelices criaturas, víctimas de la barbarie turca.

—El Ilmo. Soler, arzobispo de Montevideo, ha puesto la piedra fundamental del Santuario del *Hortus conclusus* en los jardines de Salomón.

La obra del Santuario queda así empezada, y no tardará en ser continuada con impulso, satisfaciendo los anhelos de los devotos que, tanto en el Uruguay como en la Argentina, han contribuido y contribuyen á la gran obra iniciada por dicho Prelado, en el sitio famoso por las tradiciones bíblicas, y más que todo por ser un símbolo de la Virgen en la advocación que en el Sur de América han popularizado con sus virtudes y sus servicios á la caridad y á la educación, las beneméritas Religiosas Hijas de María del Huerto.

—Los Padres de la Compañía de Jesús, establecidos en Armenia y dedicados á las Misiones en aquel país, han abierto escuelas y oficinas de farmacia para acudir á las necesidades temporales y espirituales de los cristianos allí residentes.

—Según noticias de Siria, los protestantes se dedican á la propaganda entre los maronitas del Líbano, aprovechándose de su extrema pobreza. En algunos puntos no pueden levantar las iglesias que se derrumban.

—El grabado de la página 353 es reproducción de un lienzo pintado por el Sr. Estruch, en Roma, por encargo de la familia Ponsá, de Sabadell. Este cuadro ha merecido los elogios de cuantos han podido contemplar el vigor con que el joven artista representa al insigne Santo Domingo de Guzmán, fundador de la benemérita Orden de Padres Predicadores, que tantos y tan heroicos misioneros cuenta en todas las partes del mundo.

—En la página 337 damos el retrato del Ilmo. Gregorio Abdallah, antiguo arzobispo sirio jacobita de Diarbekir, de cual conversión dimos oportunamente noticia á nuestros lectores, como puede verse en la página 433 del tomo anterior de *Las Misiones Católicas*, en el n.º 91, correspondiente á 1.º de Octubre de 1896.

—El P. Lirner, misionero en el reino de Dahomey en Africa, ha establecido un hospital donde él y sus compañeros de Misión recogen y cuidan á los pobres esclavos que no bien contraen una enfermedad son relegados por sus dueños á solitarias y abandonadas chozas, como se hacía en la edad media con los leprosos.

—Cerca de la costa del reino de Túnez, en Africa, se encuentra la floreciente isla de Gerbi ó Djerbat. En el centro de ella se ve un arco de triunfo que fué erigido en honra de Antonio y de Vero. También era de notar hace algún tiempo un monumento digno de la barbarie de los turcos: era una especie de pirámide de ocho á diez metros de altura, formado con las cabezas de los españoles que perecieron en un combate sostenido en 1558 bajo las órdenes del Duque de Medinaceli y de Andrés Doria contra el ejército otomano mandado por Kara-Mustafá. En la punta oriental de la isla se eleva el castillo de Menaks, cual nombre recuerda el que en otro tiempo llevaba esta isla. Su población, dispersa en gran número de pueblos, es considerable.

—Su Santidad ha autorizado á los Padres Premonstratenses para que se encarguen de las Misiones en algunas comarcas del Brasil.

VARIEDADES

LAS ISLAS FILIPINAS

REINANDO el emperador Carlos V en España, el ilustrado portugués Hernando de Magallanes presentó el proyecto de buscar, en una dirección hasta entonces no recorrida, islas abundantes en especiería. Aceptada la proposición, acordáronse solemnemente en Zaragoza las condiciones de la empresa, y poco después á 10 de Agosto de 1519, Magallanes, nombrado capitán, se dió á la vela en Sanlúcar de Barrameda con una escuadra de cinco buques, de la cual era maestro Juan Sebastián de Elcano, tan célebre después. La escuadra llevaba 234 hombres para su manejo y defensa.

A 16 Marzo de 1521, vencidos muchos obstáculos y sufridos inmensos trabajos, la escuadra descubrió las islas Marianas, luego el cabo de San Agustín en Mindanao, costeó la provincia de Garraga y, doblando la punta de Biloá, fondeó en la isla Limasana, en donde fué bien recibida por los naturales. El día de Pascua de Resurrección se dijo en la playa de Butuan la primera Misa celebrada en Filipinas.

Magallanes murió peleando en Mactán á 26 de Abril de 1521. Duarte de Barbosa, que le sucedió en el mando, Juan Serrano y otros jefes fueron muertos á traición. Sólo la nave *Victoria*, capitaneada por Elcano, pasando por el Cabo de Buena Esperanza, pudo volver á España, llegando á Sanlúcar de Barrameda á 7 de Septiembre de 1522, poco más de tres años después de haber salido.

En Julio de 1624 salió de la Coruña otra expedición, en la que iba también Elcano, que falleció el 29 del mismo mes del año siguiente. Esta expedición se desgració del todo, logrando llegar á Nueva España, con infinitos trabajos, solamente un patache de órdenes.

No alcanzó mejor éxito una tercera expedición armada por el ilustre Hernán Cortés, conquistador de Méjico. Los pocos de sus tripulantes que pudieron salvarse, se entregaron á los portugueses.

A 1.º de Noviembre de 1542 dió vela, en el puerto de Juan Gallego, una cuarta expedición ordenada por el Virrey de Nueva España y mandada por Rui López de Villalobos, el cual llegó felizmente á las islas que llamó *Filipinas*, en obsequio á Felipe II, á la sazón príncipe de Asturias. Los vientos contrarios y la escasez de bastimentos le impidieron obtener más resultado.

Felipe II mandó en 1564 al Virrey de Méjico que preparase otra expedición más numerosa, en la cual se emplease al hábil cosmógrafo y Religioso agustino calzado Fr. Andrés Urdaneta, que había ya navegado de capitán en la segunda expedición, y que le acompañasen algunos Religiosos para convertir á los infieles (1). Cuatrocientos marineros y soldados salieron del puerto de Natividad á 21 de Noviembre, al mando de Miguel López de Legaspi, y á 9 de Enero de 1565 descubrieron la isla de los Barbudos; á 22 llegaron á las Marianas; á 13 de Febrero descubrieron la isla de Tandaya; fondearon en Camiguín á 11 de Marzo, y cuatro días

(1) Fueron: Jacobo de Herrera, Martín de Errada, Pedro de Gamboa y Andrés de Aguirre, todos agustinos.

después en la de Bojol; y recorridos varios otros puntos, anclaron á 27 de Abril en Cebú, en donde los Agustinos establecieron un convento, que sirvió de punto de partida para sus correrías evangélicas, siendo generalmente bien recibidos y auxiliados en todas partes por los naturales. En 1571 Legaspi echó los fundamentos de la ciudad de Manila, en la isla de Luzón.

Felipe II obtuvo del Papa Gregorio XIII un Breve, por el cual se creó el obispado de Manila, de que tomó posesión en 1581 Fr. Domingo de Salazar, y fué elevado á arzobispado, por Breve de Clemente VIII, el 14 de Agosto de 1591, bajo la advocación de la Concepción de María.

Antes de concluir el siglo fueron erigidos los obispos sufragáneos de Nueva Segovia, Nueva Cáceres y Cebú, con la condición de parte del Rey de que no se nombrarían canónigos ni dignidades hasta que las cosas viniesen á mayor acrecentamiento.

Las Ordenes religiosas de España enviaron á ayudar á los Obispos en el cultivo de aquella parte de la viña del Señor á muchos de sus individuos (1), los cuales debieron encargarse de ser catequistas, misioneros, párrocos, jueces y maestros de leer y hasta maestros de obras, mientras no se formasen otros de entre los naturales ó la prosperidad de las islas no llamase á otros laicos de Europa, cosas que todavía no se han logrado por completo. Pero además de las parroquias fundaron varios establecimientos de enseñanza.

Las mismas Ordenes religiosas que fundaron las casas de estudios crearon también hospicios y hospitales y muchas Cofradías espirituales, que eran á la vez una especie de socorros mutuos.

Las islas se hallan divididas en provincias, teniendo cada una un gobernador que ejerce la jurisdicción gubernativa y contenciosa en primera instancia; cada provincia se subdivide en pueblos, y cada queblo tiene un gobernadorcillo con tenientes y alguaciles de justicia; los pueblos se dividen en barangays, compuestos de cuarenta y cinco ó cincuenta tributos ó familias á cargo de un cabeza de barangay, que atiende al orden en su barrio, procura su mejoramiento y resuelve las pequeñas cuestiones. En donde hay bastantes mestizos sangleyes, forman barangay, y aun tienen gobernadorcillo aparte.

Las diócesis se dividen en parroquias, de que están encargados curas seculares ó religiosos.

Como puede conocerse por las indicaciones anteriores, la conquista de Filipinas ha sido hecha y conservada principalmente por las Ordenes religiosas, y se diferencia esencialmente de las otras conquistas conocidas. En Filipinas puede decirse que los naturales vieron primero la cruz que la espada, y acaso por esto no opusieron resistencia: allí la población indígena no fué destruida, ni vió arrebatados sus bienes. Acostumbróse suavemente á obedecer por Religión, y á respetar á España, que le enviaba tan santos misioneros. Los Estatutos formados por éstos, acomodados en lo posible á las cos-

tumbres antiguas, tuvieron la doble sanción de la antigüedad, de la Religión y de la ciencia.

Cuando las cosas de las islas estuvieron puestas en buen camino, los Religiosos pasaron al Tonkín, á la China y á otros reinos del Asia en donde con la Religión hacían venerar el nombre de España. ¿Quién sabe á qué punto habrían alcanzado nuestro poderío y nuestra influencia en aquellas remotas partes, si el espíritu religioso y de propaganda hubiese sido protegido en los últimos ciento cincuenta años por los Gobiernos?

Pero ese feliz y próspero estado de cosas ha hecho que hayan sido más peligrosas las novedades introducidas á fines del pasado siglo y en el actual. La expulsión de los Jesuitas fué un golpe terrible para Filipinas y Misiones del Asia.

La Revolución de 1820, y consiguiente supresión de las Órdenes religiosas, puso en peligro mayor la paz de aquellas islas, que sólo pudo conservarse por el esfuerzo y el desprendimiento de los mismos Religiosos perseguidos. Fernando VII ordenó en 8 de Junio de 1826 «que, tanto los Agustinos Calzados como los Religiosos de los demás Órdenes, fuesen restituídos en la administración de curatos y doctrinas en el ser y estado que tenían;» pero á los diez años sobrevino la otra persecución monástica, en que, si bien se trató de conservar las Misiones de Filipinas, se las debilitó quitándoles los noviciados, que habían de proveerles de nuevos individuos, y sus superiores naturales en la Península, únicos á quienes incumbía dirigir los asuntos de las Ordenes respectivas, dirimir y resolver sus dificultades.

Tal es, á grandes rasgos, la historia admirable de la conquista espiritual y material de las Filipinas.

El día que la Revolución consiga suprimir el fraile en aquellas islas, ese día, verdaderamente aciago, habrá concluído el imperio colonial de los españoles en el remoto Oriente.

¡Dios quiera preservar á nuestra queridísima patria de tamaña desventura!

LA ASUNCIÓN

Once años habían pasado después de la terrible escena del Monte de las Calaveras. Jerusalén la deificada yacía silenciosa en el misterio de la noche; dormía, mas su sueño era una pesadilla que le hacía bambolearse en su lecho de flores, porque en ese sueño mil gigantes celebraban el festín sobre sus ruínas; veía el llanto que el Dios-Hombre le dedicara en el día de su fiesta, y lloraba con él; después un Profeta que decía en tristes lamentos: «¡Cómo yace sola la ciudad llena de pueblo!» Pero su enfermedad era de muerte; la sangre del Mártir corría en sus venas, esa sangre era ponzoña de muerte para ella. Su sueño era un fuerte delirio, era el canto doloroso del cisne que tiembla por su vida. No lejos del templo, cuya restauración se debía á Herodes el Grande, en una modesta casa cuya puerta está abierta á pesar de lo intempestivo de la hora, hay una habitación en que vamos á fijarnos por unos instantes. La Virgen de Nazaret está dulcemente recostada sobre un lecho; más de sesenta veces en el mes de las flores la luna llena se había ocultado tras de un celaje, envidiosa de la hermosura de María, por-

(1) En 1575 llegaron el P. Alfonso Gutiérrez de Veracruz, agustino, y otros veinticuatro Religiosos de su Orden; el P. Pedro Alfaro, franciscano, Superior de la numerosa colonia de Hermanos que le acompañaban; con el primer Obispo, Fr. Domingo de Salazar, fueron cinco Hermanos menores, tres dominicos y tres jesuitas, número que se aumentó luego con otras Misiones de cada Orden.

que la Virgen fué siempre hermosa. Aun se ven rubios sus cabellos como el oro de Nínive la grande, carmín en sus mejillas como en las Vírgenes de Israel, garzos sus ojos como el cielo de Palestina, dulce su mirar como el mirar del amor que llevan los hijos de la fe. Al redor de aquel lecho humilde, como el corazón de la Madre de Dios, están los Apóstoles del Evangelio, tristes porque la Virgen se va.

—Va á sonar la hora, dice Ella con alegre sonrisa, no quiero que lloréis mi partida: ¿no veis como me río de la muerte?

Los Apóstoles callaban y derramaban en silencio llanto de amor.

—¿Por qué me dejáis solo, Madre querida? decía el Amado de Jesús. Yo que te recibí en el monte, mil veces santo, de la redención; yo que te acompañé siempre en tu peregrinación cumpliendo así la voluntad del Señor; yo que vivía porque tú me dabas la vida, ahora moriré.

—No me detengáis más tiempo, no; mirad, me llama; allí, allí está; ¡qué hermoso es! Dejadme que suba; ¿por qué me tenéis? Si le vierais... Y permanecía algunos instantes con los ojos fijos hacia arriba, y las manos levantadas, entonces vivía con El.

De repente se iluminó la estancia. Una luz grande é intensa se difundió, su foco era el rostro de la estrella del mar. Los Angeles del Altísimo viéronse aparecer y batir las alas en señal de alegría. Cien coros poblaban el aire, y hacían resonar melodiosas y dulces notas. Los discípulos cayeron de rodillas, y cantaron salmos derramando lágrimas. Vióse á los piés de la cama la figura de la muerte, rota su guadaña, triste como nunca; ¿qué llora el ángel de la destrucción? Su derrota. La enferma de amor dejó caer suavemente sus manos cruzadas, su rostro se coloró vivamente, brillaron sus pupilas desprendiendo una gota de cristal pura como su alma, y apareció en sus labios la sonrisa de la felicidad. La Virgen había comenzado á *vivir*.

Después lucía en la habitación la lámpara funeraria.

Acudieron las vírgenes de Sión, y lloraron. Hicieron una cama de flores, para depositar en ella á la Madre del Nazareno. Jerusalén, la ciudad ingrata, cuyo nombre iba á borrarse más tarde de la memoria de los hombres, y cuyos hijos iban á andar como átomos errantes, según la profecía del Hijo de Dios, lloró sobre aquel humilde féretro. ¡Oh Jerusalén! Tarde viene tu llanto; si once años antes hubieras derramado llanto de sangre con Aquel que quería congrega tus hijos como la gallina á sus polluelos... mas entonces no quisiste.

Veintinueve años más pasarán sobre ti: en ese tiempo tendrás la tristeza en el corazón, tu vida será la vida del que sueña delirando, y se agita en su lecho de muerte; tus vírgenes cesarán sus cantos; tus poetas colgarán sus cítaras en el tronco de tus palmeras, porque, como el cisne, terminaron su canto para morir; en tus templos cesará la hostia y el sacrificio; rasgarán tus sacerdotes sus preciosas vestiduras, como se rasgó el velo de tu templo cuando desapareció tu Dios; mil sombras de terror cubrirán tu hermoso y transparente cielo, meciéndose sobre ti como buitres gigantes que esperan el día de la matanza. Jerusalén: ¡ay de tus

hijos! porque en el último año se cumplirá sobre ellos la maldición del Dios víctima; y tu raza maldita caminará siempre perdida por los mundos llevando en su frente el sello de la infamia.

Los discípulos llevaron sobre sus hombros el sagrado cuerpo hasta el huerto de Getsemaní, allí estaba el sepulcro destinado para el Arca de la Santificación; era el último tributo que los hijos de la cruz pagaban á su Madre mil veces santa. El sepulcro estaba interiormente cubierto de flores, que habían llevado allí las mujeres de Jerusalén; y esas flores despedían aroma, y ese aroma no era grato como el perfume que exhalaba la hermosa Virgen Nazarena.

Cuando la fría losa cayó sobre aquellos restos venerandos, se oyeron mil gemidos. Lágrimas de dolor profundo regaron aquella tierra bendita, que Jesús humedeció con su sangre en la noche de las amarguras. El espacio se llenó de espíritus de luz. Una luz brillante sobre todas, hermosa cual ninguna, ascendía entre los espíritus. Los ecos de cien conciertos iban perdiéndose en ondas por las regiones de lo infinito. Mil voces de plata cantaban alabanzas. Después apareció una luz inmensa que lo llenó todo; y abrióse la mansión de los bienaventurados para dar entrada á su Reina. Los Santos y los Angeles del Dios inmortal pusieron á la Virgen una corona; y de la Divinidad salió una voz de la intensidad de cien truenos que decía: «Desde hoy te llamarán bendita todas las generaciones.» Un trono de nubes brillantes pusieron los Angeles bajo las plantas de sus pies, cuyas nubes bañaban los argénteos rayos de la luna, el sol cubrió á su Soberana con su vestido de oro, que no pueden mirar los hombres; y doce estrellas refulgentes, como grupos de perlas reflejando rayos, adornaban su hermosa cabellera. Cerráronse los cielos, y después no se vió nada.

Tres días velaron los Apóstoles el sepulcro de la Virgen. El último día á la caída de la tarde un hombre se presentó en el huerto de Getsemaní; su traje era el de los hijos del Evangelio.

—¿Por qué os veo aquí tristes? preguntó.

—Porque murió la Madre de Jesús, contestaron.

—Yo soy Tomás el incrédulo, dijo el desconocido, y quiero ver como vosotros el cuerpo santo de la Virgen de Nazaret.

Sólo faltaba Tomás para completar el número. Alegráronse los hijos de la cruz. Levantaron la losa del sepulcro para que viera el recién llegado á la flor de Nazaret, y aquella flor había desaparecido; no había más que flores del tiempo.—G. L. R.

SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

—2—

Para las Misiones más necesitadas

Una señora piadosa, de Barcelona.	25 pesetas.
José Cendrós, Pbro., de Valldarques.	1 »

Para los cristianos de Armenia

Pedro J. Alcorta, de Elgoibar.	10 »
--	------

(Se continuará).

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona